

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscribete!













LAS NIÑAS SALVAJES

Ursula K. Le Guin



LAS NIÑAS SALVAJES



Ursula K. Le Guin

seguido de «La conversación de los modestos»

Traducción a cargo de Arrate Hidalgo





Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse y hacer constar la autoría del texto y de su traducción.

- No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales
- No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara, y solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor/a.

- © 2011 PM Press/Outspoken Author Series
- © 2020 de la presente edición, Virus Editorial

Título original: The Wild Girls

Edición: Virus Editorial

Corrección de estilo y ortotipográfica: Carlos Marín Hernández

Traducción del inglés: Arrate Hidalgo

Diseño de colección y cubierta: Pilar Sánchez Molina

Diseño de cubierta: Lídia Sardà Ilustraciones: Adara Sánchez Maquetación: Virus Editorial

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-17870-00-3 Depósito legal: B-3072-2020





Virus Editorial i Distribuïdora, sccl C/ Junta de Comerç, 18, baixos 08001 Barcelona T. / Fax: 934 413 814 editorial@viruseditorial.net www.viruseditorial.net

Índice

introducción, Arwen Curry	11
Las niñas salvajes	23
«La conversación de los modestos»	91
epílogo. ciencia ficción y feminismo, Layla Martínez	101

Aclaración previa:

The Wild Girls se publicó en la revista Asimov's Science Fiction en marzo de 2002 γ en castellano en 2004. Para esta edición hemos utilizado la versión revisada por la autora, que junto con «La conversación de los modestos» se publican aquí por primera vez en formato libro.





Introducción

Con su muerte en 2018, nuestra queridísima Ursula K. Le Guin nos dejó sus veintiuna novelas, docenas de relatos y cientos de poemas y ensayos, entre otros regalos. Ganadora de numerosos premios literarios de prestigio, es principalmente conocida por su obra de ciencia ficción y fantasía. Sin embargo, la amplitud de su trabajo fue impresionante: no solo por la variedad de géneros y formas que abarcó, sino también por la versatilidad de su voz.

A veces, como ocurre en sus cristalinos ensayos, se sirve de un tono sarcástico y juguetón, guiñándole el ojo al lector mientras planta semillas en su atención como en tierra recién arada. Otras veces, como en *Las niñas salvajes*, es tan sobria e implacable como un torrente de agua en un cauce seco. Pero independientemente del tono, su objetivo es inmutable: abrir un respiradero en la superficie del mundo, tal y como lo conocemos, de modo que podamos mirar hacia fuera. Y hacia dentro, también.

«Considero que mi trabajo es abrir puertas, ventanas —me contó en el documental que realicé en 2018 sobre su vida y obra—. Quién vaya a cruzar la puerta o lo que tú vayas a ver por las ventanas, eso ya no lo puedo saber.»

Tienes en tus manos la primera edición independiente en español de *Las niñas salvajes*, traducida a partir de la edición estadounidense de 2011 a cargo de PM Press como parte de su serie Outspoken Authors. (El volumen original también contiene el cáustico ensayo «Staying Awake While We Read», una entrevista con el autor de ciencia ficción Terry Bisson y una pieza incluida en la edición española titulada «La conversación de los modestos».) A pesar de que Le Guin hablaba y escribía en español, gran parte de su obra está descatalogada y aún por descubrir para muchos lectores españoles.

En estos momentos, se pueden encontrar traducciones de su serie de fantasía en seis volúmenes ambientada en el mundo ficticio de Terramar, la serie juvenil Anales de la Costa Occidental, *La mano izquierda de la oscuridad, Los desposeídos, La rueda celeste* y algunas otras novelas y recopilaciones de relatos y ensayos. Pero leer solo estas obras maestras es perderse la experiencia completa de leer a Le Guin. Su obra no solo integra los planes de estudios de carreras académicas enteras, sino que, además, interiorizada con el paso del tiempo, tiene el poder de cambiar de forma profunda y duradera el modo en que sus lectores ven el mundo.

Completé mi documental tan solo unos meses después de que Le Guin muriera a finales de enero de 2018. De gira con *Worlds of Ursula K. Le*

Guin durante el par de años siguientes, he tenido la oportunidad de compartir con el público la experiencia de encontrarse y conversar con ella durante la última década de su vida. Me gustaba tranquilizar a los espectadores contándoles que, en casi todos los aspectos, descubrí en Le Guin a la persona que esperaba que fuera. Es decir, era verdaderamente brillante, sabia, ocurrente, cariñosa, humana y generosa. Al ver cómo se les iluminaba la cara al oírlo, me daba cuenta de lo que había significado su obra para ellos y de lo duro que les habría resultado escuchar otra cosa.

Después solía decir algo así como: «Pero no os equivoquéis: también podía meter miedo. Con arquear una ceja era capaz de mandarte al psicólogo. Como se suele decir, no estaba para tonterías». (De hecho, a menudo me parecía amable con los que decían tonterías, especialmente si eran jóvenes o tenían buena intención.)

¿Serena, mesurada? A menudo lo parecía. Pero siempre había un ascua encendida, lista para saltar, iluminar y, si era necesario, prender su hoja en llamas. Esto me parecía igual de cierto cuando charlaba en su sillón junto al fuego que en las entrevistas que hay grabadas sobre sus diversas posturas como intelectual pública, así como en su trabajo, por supuesto. La obra tardía de Le Guin, en particular, no se anda con rodeos; es imposible escapar a su devastadora claridad moral. Ese trabajo es más sosegado que el anterior en su forma

de dejarte al descubierto. «Te persigue de formas más sutiles, más refinadas», me contaba el escritor David Mitchell durante el rodaje. «Nunca antes había matizado con tantos grises como ahora», conviene le autore Annalee Newitz.

La Le Guin tardía es posiblemente la desarrollada en más profundidad, y *Las niñas salvajes*, publicada originalmente en 2002 en *Asimov's Science Fiction* y ganadora de un premio Nebula, es su destilación perfecta. Con unas pocas pinceladas, audaces y precisas, nos ubica de lleno en una sociedad inventada. No describe casi nada, y sin embargo lo experimentamos todo, porque ahí estamos, observando.

En este libro, nos encontramos siguiendo los pasos de unos hombres de la Copa que parten de expedición en busca de esclavas hacia el exterior de un lugar conocido simplemente como la Ciudad. Los hombres planean capturar a las niñas del pueblo nómada de la Tierra mientras sus padres recolectan raíces del fango en las ciénagas cercanas. Tras asesinar a sus abuelos en una terrible escena, los hombres se llevan a las niñas a la fuerza para que sirvan como esclavas en la Ciudad. Con suerte, las niñas quizá se conviertan algún día en esposas y madres-esclavas de niños de la Copa, a los que se considera dioses.

Los jóvenes actúan con tanta torpeza e incertidumbre durante toda la matanza y el rapto como lo harían en cualquier rito de iniciación. En el trayecto

de vuelta a la Ciudad, arrojan a los arbustos a una bebé capturada, demasiado enferma y débil para sobrevivir al viaje, para que muera allí.

A pesar de los esfuerzos de Modh, una niña valiente e ingeniosa que se zafó de la incursión pero se une al grupo para proteger a su hermana pequeña, los hombres no le permiten rescatar a la bebé ni, al menos, enterrarla, garantizando así que el alma nunca encontrará la paz. Y así ocurre: el fantasma de la niña desechada comienza a perseguir a las niñas de la Tierra —las niñas salvajes— mientras estas se hacen a la vida en la Ciudad, donde prueban nuevas comodidades aun cuando se las deshumaniza sistemáticamente como miembros de la casta más baja y degradada de la sociedad. Todo esto tiene lugar dentro del hogar. Le Guin nos recuerda que, para muchas personas, la esfera familiar no es segura; nunca lo ha sido. Nos detalla las contorsiones necesarias para sobrevivir en un hogar en el que eres ciudadana de segunda o tercera categoría.

Pero incluso en este patriarcado rígido y brutal se dan momentos de alegría. A Modh le permiten quedarse con sus hermana Mal, a quien protege por medio de ingeniosos métodos. Hasta empieza a cogerle cariño a Bela ten Belen, el hombre de la Copa que lideró el asalto. Bela resulta no ser una persona particularmente cruel, después de todo, sino alguien que trata de actuar en sociedad como le corresponde a un dios de su condición. Es un

malo de cuento habitual en Le Guin, a quien no le interesan demasiado los villanos, personajes que podamos situar como ajenos a nosotros, quitándonos la culpa de encima. La humanidad de Bela ten Belen contribuye al desasosiego que nos provoca esta lectura.

A pesar de las humillaciones diarias, el vínculo de Modh con su hermana la mantiene en sus cabales. Es capaz de tolerar e incluso florecer en la posición a la que ha sido constreñida. Les da la espalda a los perturbadores gritos de la niña-fantasma abandonada e intenta sacarle el mayor partido a su situación. Pero cuando se llevan a Mal para ser la esposa-esclava en las escalofriantes páginas finales de la historia, Modh pierde la capacidad de participar.

Solo una vez en *Las niñas salvajes* apela Le Guin directamente al lector:

Modh no dijo «pero...». Ella veía clarísimo que se trataba de un sistema de intercambio y que no era un intercambio justo. Venía de un entorno lo bastante alejado de este como para ser capaz de observarlo desde fuera. Y, estando excluida de la reciprocidad, cualquier esclava podía contemplar el sistema con ojos incrédulos. Pero Modh no conocía otro sistema, ni la posibilidad de que tal sistema existiese, que es lo que le habría permitido decir «pero».

Volvamos a la niña a la que dejaron morir entre los arbustos. Nos encontramos a este personaje una y otra vez en la obra de Le Guin; el niño que sufre. El niño es a menudo niña, pero no siempre, y a menudo está toscamente tallado; con la cara envuelta en sombras, como en *Los que se alejan de Omelas*, o mutilada, como en *Tehanu*. La niña no nos deja nunca, sigue llorando y sufriendo, sin poder entender. Nos lleva a preguntar: ¿quién es ella y por qué debe sufrir de esa manera? ¿Por qué debemos sufrir nosotros igualmente, oyéndola? ¿Cómo vamos a despertarnos y seguir con nuestra vida mientras la niña sufre de esa manera? Pero así lo hacemos. Hasta que no podemos hacerlo más.

Estos últimos años se han perpetrado muchas crueldades y humillaciones en Estados Unidos, donde en ocasiones da la sensación de que la verdad y la bondad son arrancadas de raíz, cínica y sistemáticamente, dondequiera que surjan. El caso más atroz de todos tal vez sea la separación de niños de sus familias en la frontera del sur, un acto tan descaradamente vil que las únicas justificaciones posibles para quienes lo apoyan han de ser algo como lo siguiente: «Tenemos que demostrar que tenemos razón y que hay gente que puede estar aquí y gente que no. No son personas de verdad, por lo menos no como lo somos nosotros, así que tampoco es para tanto»; «Mira, así es como me han dicho que actúe y opine sobre el tema. Sí, puede que me haga sentir mal en plena noche, cuando estoy a solas con mis pensamientos y me pongo a recordar a

esos niños, y a mis propios hijos y nietos. Pero, de todas formas, no depende de mí. Y tenemos que demosfrar que tenemos razón».

La hija mayor de Ursula, Elisabeth, me contó que, especialmente en sus últimos años, su madre utilizaba su poder «con mucha habilidad, de forma muy parecida a la de un guerrero». Atesoro esta imagen de la diminuta octogenaria que yo conocí alzándose ante los tiranos envuelta en llamas, blandiendo su bolígrafo como una poderosa cimitarra.

Pero tras la elección de Trump, Ursula nos instó a deponer nuestras metafóricas armas. En su blog (el resto del cual estaba dedicado en su mayor parte a las aventuras de Pard, su gato bicolor), escribió:

Intentaré no utilizar nunca la metáfora de la guerra donde no corresponda, porque creo que ha llegado a moldear nuestro pensamiento y dominar nuestras mentes de tal manera que tendemos a ver la fuerza destructiva de la agresión como la única manera de hacer frente a un desafio. Quiero encontrar una manera mejor...

El fluir de un río es para mí un modelo de coraje que me ayuda a seguir, me transporta a través de los malos lugares, de los malos tiempos. Un coraje que es flexible por elección propia y utiliza la fuerza solo cuando se le obliga, un coraje que siempre busca la mejor manera, la más fácil, pero que de no encontrar una manera fácil, siempre continúa.

Con todo esto quiero decir que leer *Las niñas salvajes* no es fácil, que la historia se quedará contigo y que merece la pena. Léelo en un lugar acogedor y no te olvides de respirar. De igual modo que nadie nos prepara al nacer para aventurarnos al mundo, Le Guin tampoco nos prepara para lo que está a punto de hacernos en la historia. En lugar de eso, nos envuelve tan expertamente que no hay ningún reborde al que agarrarnos, ningún punto desde el que poder observar y cuestionar las terribles costumbres de este mundo. De hecho, ya nos hemos aclimatado a estos horrores tan perfectamente como a los del mundo real, el que Le Guin ha dejado atrás.

Cuando hablaba con todos esos públicos que tanto la echan de menos, yo les aseguraba que Ursula hizo lo necesario durante toda su vida adulta, aprovechando al máximo sus admirables poderes. Lo hizo con gusto, porque podía. Y, cuando murió, nos lo dejó todo.

Arwen Curry, enero de 2020



Las niñas salvajes, Ursula K. Le Guin



Las niñas salvajes

Ι

Bela ten Belen salió de incursión con cinco acompañantes. No había campamentos de nómadas cerca de la Ciudad desde hacía años, pero algunos segadores de los Campos del Este afirmaban haber visto humo de hogueras más allá de las Colinas del Día, y los seis jóvenes anunciaron que irían a ver cuántos campamentos había. Se llevaron de guía a Bidh Handa, que ya había estado en otras incursiones contra las tribus nómadas. A Bidh y a su hermana los habían raptado en un pueblo nómada cuando eran niños y crecieron como esclavos en la Ciudad. La hermana de Bidh, Nata, era famosa por su belleza, y para hacerse con ella como esposa, Alo —hermano de Bela— le había entregado a su dueño buena parte de las posesiones de la familia Belen.

Bela y sus compañeros se pasaron el día entero caminando y corriendo, siguiendo el curso del Río del Este hasta lo alto de las colinas. Por la noche

llegaron a la cima. Abajo en las llanuras, entre vegas y arroyos sinuosos, vieron tres círculos formados por las tiendas cubiertas de pieles de los nómadas, desplegados a bastante distancia entre sí.

- —Han venido a las ciénagas a recoger raíces del fango —dijo el guía—. No planean asaltar los Campos de la Ciudad. Si fuera así, los tres campamentos estarían más cerca.
 - −¿Quién recoge las raíces? −preguntó Bela ten Belen.
- Los hombres y las mujeres. Los ancianos y los niños se quedan en los campamentos.
 - –¿Cuándo se marcha la gente a las ciénagas?
 - -Por la mañana temprano.
- —Mañana bajaremos a ese campamento, el más cercano, cuando se vayan los recolectores.
- —Sería mejor ir al segundo poblado, el que está a la orilla del río —dijo Bidh.

Bela ten Belen se volvió a sus soldados y dijo:

−Esos de los que habla son su gente. Deberíamos encadenarlo.

Los otros coincidían, pero ninguno había traído grilletes. Bela empezó a desgarrar su capa para hacer tiras con ella.

−¿Por qué quieres atarme, señor? −preguntó el hombre de la Tierra,

llevándose el puño a la frente como muestra de respeto—. ¿No te he guiado, y a otros antes que a ti, hasta los nómadas? ¿No soy un hombre de la Ciudad? ¿No es mi hermana la esposa de tu hermano? ¿No es mi sobrino también el tuyo, y un dios? ¿Por qué querría escapar de nuestra Ciudad e irme con esa gente ignorante a pasar hambre a la intemperie, a comer raíces del lodo y bichos que se arrastran?

Los hombres de la Copa no contestaron al de la Tierra. Le ataron las piernas con los jirones de tela retorcida. Apretaron tanto los nudos de seda que no se podrían soltar salvo cortándolos. Bela designó a tres hombres para que hicieran guardia por turnos esa noche.

Cansado de pasar todo el día corriendo y caminando, el joven que hacía guardia antes del amanecer se quedó dormido. Bidh puso las piernas en las brasas del fuego, quemó las cuerdas de seda hasta que se desintegraron y se marchó sin ser visto.

La ira anegó el rostro de Bela ten Belen al despertar por la mañana y ver que no estaba el esclavo. Sin embargo, solo dijo:

- —Habrá avisado al campamento más cercano. Iremos al que está más lejos, en la elevación.
 - Nos verán cruzando las ciénagas dijo Dos ten Han.
 - −No si nos metemos por los ríos −contestó Bela ten Belen.

Y cuando dejaron las colinas y llegaron a los llanos, caminaron siguiendo el lecho de las corrientes, ocultos por los juncos altos y los sauces que crecían en las riberas. Era otoño, antes de las lluvias, por lo que el agua cubría tan poco que podían vadearla o abrirse camino por la orilla. Cuando los juncos empezaron a ser más bajos y escasos y la corriente se ensanchó para dar paso a las ciénagas, se agazaparon y buscaron donde ponerse a cubierto.

Para el mediodía empezaron a acercarse al campamento más alejado, que se levantaba sobre una pequeña elevación cubierta de hierba, como una isla en medio de la ciénaga. Podían oír las voces de la gente que recolectaba raíces del fango en la cara oriental de la isla. Se acercaron sigilosamente por entre las hierbas altas y alcanzaron el campamento por el sur. No había nadie en el círculo de tiendas de piel, salvo unos pocos viejos y viejas y un pequeño enjambre de criaturas. Los niños estaban esparciendo sobre la hierba raíces largas de color marrón amarillento; los viejos cortaban las más grandes y las colocaban en parrillas, sobre fuegos bajos, para acelerar el secado. Los seis hombres de la Copa irrumpieron entre ellos de improviso con las espadas desenvainadas. Les cortaron la garganta a los viejos y las viejas. Algunos niños huyeron corriendo hacia el pantano. Otros se los quedaron mirando sin entender.

Los soldados, jóvenes y en su primera incursión, no habían trazado un plan. Bela ten Belen les había dicho: «Quiero salir de aquí y matar a unos

cuantos ladrones y traer esclavas domésticas», y esa era toda la planificación que les había hecho falta. A su amigo Dos ten Han le había dicho: «Quiero hacerme con unas cuantas chicas nuevas de la Tierra; en la Ciudad no hay ni una a la que soporte mirar». Dos ten Han sabía que pensaba en la preciosa mujer de los nómadas con la que se había casado su hermano. Todos los jóvenes de la Copa pensaban que ojalá Nata Belenda fuera suya o tuvieran una igual de hermosa.

 $-_i$ Id a por las chicas! -gritó a los otros, que corrieron tras las niñas y atraparon a una u otra.

Los niños más mayores habían huido casi al instante; solo las criaturas más pequeñas se habían quedado mirándolos petrificadas o habían echado a correr demasiado tarde. Los soldados capturaron a una o dos cada uno y se las llevaron a rasfras hasta el centro del poblado, donde los ancianos y ancianas yacían sobre su propia sangre a la luz del sol.

Al no tener cuerdas con las que atar a las niñas, los hombres no podían soltarlas. Una pequeña se resistía con tal ferocidad, con mordiscos y arañazos, que el soldado la dejó caer, ella se zafó de inmediato y echó a correr pidiendo auxilio a gritos. Bela ten Belen corrió tras ella, la agarró del pelo y la degolló para acallar sus chillidos. La espada de él estaba afilada y el cuello de ella era blando y fino; su cuerpo se desplomó y colgó de su cabeza, sujeto únicamente

por los huesos de la nuca. El hombre dejó caer la cabeza y volvió corriendo donde sus hombres.

- −¡Coged a una con la que podáis cargar y seguidme! −les gritó.
- —¿Adónde? Los de ahí abajo no tardarán en venir —contestaron, pues las criaturas que habían escapado se habían ido corriendo a la ciénaga, donde estaban sus padres.
- —Volveremos por el río —dijo Bela, llevándose a una niña de unos cinco años.

Le agarró las muñecas y se la echó a la espalda como si fuera un saco. Los otros hombres lo siguieron, cada uno con una cría; dos de ellas eran bebés de uno o dos años.

La incursión había sido tan apresurada que les llevaban bastante ventaja a los nómadas. Estos subieron atropelladamente por la colina siguiendo a los niños que habían corrido hasta ellos. Los soldados pudieron bajar hasta el lecho del río, donde la ribera y los juncos los ocultaron de la gente que los buscaba, incluso desde lo alto de la isla.

Los nómadas se dividieron por entre los cañaverales y los prados, al oeste de la isla, con la intención de atraparlos en su camino de regreso a la Ciudad. Pero Bela no los había guiado hacia el oeste, sino por una bifurcación del río que avanzaba hacia el sureste. Trotaron y corrieron y caminaron como

pudieron por el agua, el lodo y las rocas del lecho del río. Al principio oían voces tras ellos, muy lejanas. El calor y la luz del sol llenaban el mundo. El aire sobre los juncos estaba plagado de insectos que picaban. Pronto tuvieron los ojos, que ya les ardían por la sal del sudor, tan hinchados por las picaduras que casi no se les abrían. A los hombres de la Copa, poco acostumbrados a cargar con peso, les parecía que las niñas pesaban mucho, incluso las pequeñas. Les costaba ir rápido y cada vez avanzaban más despacio siguiendo los canales sinuosos de agua, prestando atención por si oían a los nómadas tras ellos. Siempre que una criatura emitía algún ruido, los soldados la abofeteaban o la zarandeaban hasta hacerla callar. La niña con la que cargaba Bela ten Belen colgaba de su espalda como una piedra y nunca produjo sonido alguno.

Les pareció extraño cuando, por fin, el sol se puso detrás de las Colinas del Día, pues siempre lo habían visto salir tras ellas.

Ahora estaban a un buen trecho al sur y al este de aquellas colinas. Hacía un buen rato que no oían ningún sonido de sus perseguidores. La nube de jejenes y mosquitos, más densa a medida que caía la noche, los obligó finalmente a ascender a una tierra de praderas menos húmedas, donde pudieron dejarse caer en un sitio en el que unos ciervos habían estado echados, ocultos entre las hierbas altas. Allí yacieron todos mientras se desvanecía la

luz. Las grandes garzas del pantano los sobrevolaron con su pesado aleteo. Algunos pájaros cantaban entre los juncos. Los hombres escuchaban la respiración de los otros, el quejido y el zumbido de los insectos. Las niñas más pequeñas proferían ruiditos quejumbrosos, pero no a menudo ni muy alto. Hasta los bebés de las tribus nómadas estaban acostumbrados al miedo y al silencio.

En cuanto los soldados las soltaron, haciéndoles gestos amenazadores para advertirles que no intentasen escapar, las seis niñas se movieron con pies y manos hasta reunirse y se acurrucaron formando un montón, abrazadas unas a otras. Tenían las caras hinchadas por las picaduras de los insectos y una de las bebés parecía aturdida y febril. No había comida, pero ninguna de las niñas se quejó.

La luz se hundió y abandonó las ciénagas; los insectos guardaron silencio. De vez en cuando croaba una rana, sobresaltando a los hombres, quienes, sentados, escuchaban sin hablar.

Dos ten Han señaló hacia el norte: había oído algo, el susurro de la hierba, no muy lejos.

Volvieron a oírlo. Desenvainaron las espadas tan silenciosamente como pudieron.



De repente, mientras permanecían arrodillados y forzando la vista entre las hierbas altas sin dejarse ver, allí donde observaban se izó una bola de luz tenue y titubeó en el aire sobre las hierbas, se apagó y volvió a brillar con fuerza. Oyeron una voz que cantaba, aguda y débil. Se les erizó el cabello y el vello de los brazos al escuchar las palabras sin sentido de la canción, con las miradas fijas en aquella luz borrosa que oscilaba.

En ese momento, la niña con la que había cargado Bela gritó una palabra. La mayor, una niña delgada de unos ocho años que había sido una carga pesada para Dos ten Han, la reprendió con un siseo e intentó hacerla callar, pero la niña menor repitió la llamada y obtuvo respuesta.

Cantando, hablando y parloteando en un tono estridente, la voz se acercó. El fuego de la ciénaga se apagó y volvió a encenderse. Las hierbas susurraban y se agitaban tanto que los hombres, aferrados a sus espadas, se preparaban para un grupo entero de personas, pero de entre las briznas apareció solo una cabeza. Una sola niña se acercaba a ellos caminando. No dejaba de hablar, de pisar con fuerza y de hacer gestos con las manos para mostrar a los otros que no intentaba sorprenderlos. Los soldados la miraban fijamente, sosteniendo el peso de sus espadas en las manos.

Aparentaba nueve o diez años. Se acercó un poco más, sin dejar nunca de dudar pero sin detenerse tampoco, vigilando a los hombres todo el rato pero

hablándoles a las niñas. La niña de Bela se levantó y corrió hacia ella y las dos se abrazaron con fuerza. Entonces, sin quitar ojo a los hombres, la recién llegada se sentó con las otras niñas. Allí, ella y la de Dos ten Han hablaron un poco en voz baja. Sostenía a la niña de Bela sobre el regazo, donde esta se quedó dormida casi al instante.

- −Debe ser la hermana de esa −dijo uno de los hombres.
- −Ha debido seguirnos el rastro desde el principio −dijo otro.
- –¿Por qué no ha llamado al resto de su gente?
- Quizá le daba miedo.
- −O no la han oído.
- −O sí
- $-\lambda$ Qué era esa luz?
- -Un fuego de la ciénaga.
- −Quizá sean ellos.

Todos callaron, escuchando, esperando. Casi era de noche. Ya estaban encendiendo las lámparas de la Ciudad del Cielo, que reflejaban las luces de la Ciudad del Suelo. A los soldados les hacían pensar en esa otra ciudad, que ahora sentían tan lejana como la que tenían encima, en lo alto. Ya se había apagado aquel tenue bamboleo de luz. No había más sonido que el suspiro del viento nocturno entre los juncos y las hierbas.

Los soldados discutieron en voz baja sobre cómo evitar que las niñas se escaparan durante la noche. Quizá todos pensaron que no les importaría despertar y descubrir que ya no estaban, pero ninguno lo dijo. Dos ten Han dijo que las más pequeñas no podrían cubrir mucha distancia en la oscuridad. Bela ten Belen no dijo nada. En vez de eso se sacó el cordón largo de una de las sandalias, ató un extremo alrededor del cuello de la niña pequeña que se había llevado y el otro a su propia muñeca; después obligó a la niña a tumbarse y él se echó a dormir a su lado. Su hermana, la que los había seguido, se tumbó al otro costado de aquella. Bela dijo:

−Dos, haz guardia tú primero y luego despiértame a mí.

Así pasó la noche. Las niñas no intentaron escapar y nadie llegó por donde habían venido. Al día siguiente continuaron hacia el sur, pero sobre todo hacia el oeste, para alcanzar hacia media tarde las Colinas del Día. Las niñas caminaban, incluida la de cinco años, y los hombres se iban turnando para cargar con las bebés, por lo que no llevaban un ritmo rápido pero sí constante. A lo largo de la mañana la niña del fuego de la ciénaga no dejó de tirarle a Bela de la túnica, señalando a la izquierda, hacia un lugar pantanoso, gesticulando como si estuviera arrancando raíces y comiéndoselas. Al no haber comido nada en dos días, la siguieron. Las niñas mayores se metieron en el agua y tiraron de la raíz de ciertas plantas de hojas anchas. Empezaron a llevarse a

la boca lo que iban sacando, pero los soldados vadearon hasta ellas, les quitaron las raíces fangosas y comieron hasta que tuvieron suficiente. La gente de la Tierra no come antes de que coma la gente de la Copa. Las niñas no parecieron sorprenderse.

Cuando por fin hubo conseguido una raíz para sí, la niña del fuego de la ciénaga se la comió, luego arrancó otra, masticó un poco y se la escupió en la mano para dar de comer a las bebés. Una de ellas comió ávidamente de su palma; la otra, no. Yacía en el suelo donde la habían dejado y sus ojos parecían no ver nada. La niña de Dos ten Han y la del fuego de la ciénaga intentaron que bebiera agua. No quiso beber.

Dos se plantó frente a ellas y dijo, señalando a la niña mayor: «Vui Handa», nombrándola Vui y diciendo que pertenecía a su familia. Bela nombró a la niña del fuego de la ciénaga Modh Belenda, y a su hermana pequeña, la que se había echado al hombro, la nombró Mal Belenda. Los otros hombres nombraron sus recompensas, pero cuando Ralo ten Bal señaló a la bebé enferma para nombrarla, la niña del fuego de la ciénaga, Modh, se puso entre él y la criatura, haciendo enérgicos aspavientos de que no, no, y llevándose la mano a la boca para indicar silencio.

 –¿Qué hace? −preguntó Ralo, el más joven de los hombres, que tenía dieciséis años. Modh siguió con su mímica: se tumbó, dejó caer la cabeza y entrecerró los ojos, como una persona muerta. Se incorporó de un salto, con las manos en alto como garras y el gesto torcido, y fingió atacar a Vui; después volvió a señalar a la cría enferma.

Los jóvenes se la quedaron mirando. Parecía querer decir que el bebé se estaba muriendo. El resto de sus gestos no los entendieron.

Ralo señaló al bebé y dijo: «Groda», que es un nombre que se le da a la gente de la Tierra que no tiene dueño y que trabaja en los equipos de cultivo. De nadie.

—Vamos —ordenó Bela, a lo que respondieron comenzando los preparativos para continuar.

Ralo echó a caminar, dejando a la cría enferma en el suelo.

- −¿No coges a tu Tierra? −le preguntó uno de los otros.
- −¿Para qué? −contestó.

Modh recogió a la criatura enferma, Vui a la otra y siguieron adelante. Después de aquello los soldados dejaron que las niñas mayores cargaran con la enferma, aunque ellos se iban pasando la que estaba bien para poder ir a mejor ritmo.

Cuando subieron a un terreno más elevado, ya fuera del alcance de los picotazos de las nubes de insectos y lejos del calor húmedo y pesado de las

ciénagas, los jóvenes se alegraron, sintiéndose ahora casi a salvo; querían avanzar rápido y volver a la Ciudad. Pero a las niñas, que estaban agotadas, les costaba subir por las cuestas empinadas de las colinas. Vui, que cargaba con la bebé enferma, se iba rezagando más y más cada vez. Dos, su dueño, le daba en las piernas con la cara de la hoja de su espada para que apurara el paso.

−Ralo, coge a tu Tierra, no podemos parar −dijo.

Ralo se dio la vuelta, enfadado. Cogió a la bebé enferma de brazos de Vui. La cara se le había puesto grisácea y tenía los ojos medio cerrados, como los que había puesto Modh en su mímica. Le silbaba un poco la respiración. Ralo zarandeó a la niña y su cabeza cayó sin fuerza. Ralo la tiró entre los arbustos altos.

 Pues entonces vámonos —respondió, y arremetió cuesta arriba a paso rápido.

Vui intentó correr hacia la bebé, pero Dos le impidió acercarse a ella con la espada, pinchándole las piernas, y la condujo colina arriba por delante de él.

Modh se escabulló y volvió a los arbustos en los que estaba la criatura, pero Bela se puso delante de ella y la arreó hacia el grupo con la espada. Como seguía zafándose e intentando volver, Bela la agarró del brazo, le dio una fuerte bofetada y la arrastró tras él de la muñeca. Mal los seguía a trompicones.

Cuando perdieron de vista el sitio de los arbustos altos, detrás de una pendiente de la colina, Vui empezó a llorar en un grito agudo y prolongado, un plañido, y Modh y Mal también. El plañido cobró fuerza. Los soldados las sacudieron y golpearon hasta que pararon, pero enseguida empezaron otra vez, todas, hasta la más pequeña. Los soldados no sabían si estaban lo bastante lejos de los nómadas y lo bastante cerca de los Campos de la Ciudad como para confiar en que sus perseguidores no oirían aquel sonido. Avanzaron aprisa, cargando con las criaturas, tirando de ellas o empujándolas, mientras aquel agudo grito plañidero los acompañaba como el sonido de los insectos en las ciénagas.

Casi había oscurecido cuando llegaron a la cima de las Colinas del Día. Olvidando cuánto se habían alejado hacia el sur, los hombres esperaban que, al mirar abajo, allí estuvieran los Campos y la Ciudad. Solo vieron el anochecer cayendo sobre la tierra, el oeste en penumbra y las luces de la Ciudad del Cielo que empezaban a brillar.

Se instalaron en un claro, pues todos estaban cansados. Las niñas se acurrucaron juntas y se durmieron casi al instante. Bela prohibió a los hombres encender un fuego. Tenían hambre, pero había un arroyo colina abajo donde podían beber. Bela puso a Ralo ten Bal en la primera guardia. Ralo era el que se había quedado dormido la primera noche de incursión, permitiendo que escapase Bidh.

Bela se despertó por la noche; tenía frío y echaba en falta su capa, que había hecho pedazos para fabricar ataduras. Vio que alguien había encendido un pequeño fuego y estaba sentado con las piernas cruzadas junto a él. Se incorporó y dijo «¡Ralo!» con furia, y entonces vio que no era él, sino el guía, Bidh.

Ralo yacía inmóvil cerca del fuego.

Bela desenvainó la espada.

—Se ha dormido otra vez —le dijo el hombre de la Tierra con una amplia sonrisa.

Bela le dio una patada a Ralo, que roncó una vez y suspiró sin despertarse. Se levantó de un salto y fue adonde esfaban los otros, temiendo que Bidh los hubiera matado mientras dormían, pero todos tenían sus espadas y esfaban profundamente dormidos. Las niñas dormían en una pequeña pila. Volvió al fuego y lo pisoteó hasfa apagarlo.

- —Esa gente está a millas de distancia —dijo Bidh—. No verán el fuego. No encontraron vuestro rastro.
- —¿Dónde te fuiste? —le preguntó Bela al cabo de un rato, receloso, desconcertado. No entendía por qué había vuelto el hombre de la Tierra.
 - -A ver a mi gente en la aldea.
 - −¿Qué aldea?
 - -La que estaba más cerca de las colinas. Mi gente son los allulu. Vi la

tienda de mi abuelo desde la cima. Quería ver a mis viejos conocidos. Mi madre aún está viva, pero mi padre y mi hermano se han marchado a la Ciudad del Cielo. Hablé con mi gente y les dije que se acercaba una incursión. Os estaban esperando dentro de las tiendas. Os habrían matado, pero vosotros habríais matado a algunos de ellos. Me alegré de que pasarais de largo y fuerais a la aldea de los tullu.

Es adecuado que una Copa le haga preguntas a una persona de la Tierra, pero no que converse o discuta con ella. Sin embargo, a Bela lo perturbaba tanto lo ocurrido que opuso:

- —La Tierra muerta no va a la Ciudad del Cielo. La Tierra va a la tierra.
- —Así es —respondió Bidh educadamente, como ha de hacer un esclavo, llevándose el puño a la frente—. Mi gente es tonta y se cree que va al cielo, pero, aunque así fuera, sin duda no irían a los palacios que hay allí. Vagarían por las partes más silvestres y sucias del cielo. —Y atizó las ascuas por ver si podía prender alguna, pero el fuego se había extinguido—. Lo que pasa es que solo pueden subir hasta allí si los entierran. Si no los entierran, su alma se queda aquí abajo. Entones es de esperar que se conviertan en algo muy malo, un mal espíritu, un fantasma.
 - −¿Por qué nos has seguido? −preguntó Bela.
 Bidh lo miró perplejo y se llevó el puño a la frente.

- —Pertenezco al señor ten Han —dijo—. Como bien y vivo en una buena casa. En la Ciudad me respetan por mi hermana y por ser guía. No quiero quedarme con los allulu. Son muy pobres.
 - —¡Pero te escapaste!
- —Quería ver a mi familia —dijo Bidh—. Y no quería que los mataran. Lo único que habría hecho sería gritarles para advertirles. Pero me ataste las piernas. Eso me entristeció mucho. No confiaste en mí. Solo podía pensar en mi gente y me escapé. Lo siento, mi señor.
 - -Les habrías advertido. ¡Nos habrían matado!
- —Sí —contestó Bidh—, si hubierais ido a su aldea. Pero si me hubierais dejado guiaros, os habría llevado a la aldea bustu o a la tullu y os habría ayudado a capturar niñas. Esa no es mi gente. Yo nací allulu y soy un hombre de la Ciudad. El hijo de mi hermana es un dios. Soy digno de confianza.

Bela ten Belen se dio la vuelta y no dijo nada.

Vio la luz de las estrellas en los ojos de una niña. Tenía la cabeza un poco alzada, observando y escuchando. Era la niña del fuego de la ciénaga, Modh, que los había seguido para estar con su hermana.

─Esa —dijo Bidh—. Esa también parirá dioses.

La hija de Chergo y la primogénita de la ya muerta Ayu, a las que ahora llamaban Vui y Modh, susurraban en el gris de la mañana antes de despertarse los hombres.

- −¿Crees que está muerta? −susurró Vui.
- -La oí llorar. Toda la noche.

Las dos, aún tumbadas, escucharon.

- —Ese la nombró —murmuró Vui en voz muy baja—. Así que puede seguirnos.
 - −Lo hará.

La hermana pequeña, Mal, estaba despierta y escuchaba. Modh la rodeó con el brazo y susurró:

-Vuelve a dormirte.

No muy lejos, Bidh se incorporó de repente, rascándose la cabeza. Las niñas se lo quedaron mirando con los ojos muy abiertos.

—Bueno, hijas de tullu —dijo en su lengua, a la manera en la que la hablaban los allulu—. Ahora sois gente de la Tierra.

Se lo quedaron mirando sin decir nada.

—Vais a vivir en el cielo en la tierra —dijo—. Mucha comida. Tiendas grandes y suntuosas en las que vivir. ¡Y no tendréis que ir por el mundo con vuestra casa a la espalda! Ya veréis. ¿Sois vírgenes?

Al cabo de un momento, asintieron.

—Seguid siéndolo, si podéis —dijo—. Así podréis casaros con dioses. ¡Esposos grandes y ricos! Estos hombres son dioses. Pero solo pueden desposar a mujeres de la Tierra. Así que cuidad de vuestras cerecitas, mantenedlas alejadas de chicos y hombres de la Tierra como yo, y podréis ser mujeres de un dios y vivir en una tienda de oro.

Sonrió con burla a sus rostros inmóviles y se levantó para mear sobre las cenizas frías de la hoguera.

Mientras los hombres de la Copa se despertaban, Bidh llevó a las niñas mayores al bosque para recolectar bayas de unos matorrales cerca de allí. Les dejó comer algunas, pero les hizo poner en su gorra casi todo lo que recogían. Volvió donde los soldados con la gorra llena de bayas y se las ofreció con los nudillos pegados a la frente.

 $-\dot{a}$ Veis? —les dijo a las niñas —. Así es como os tenéis que comportar. Los hombres de la Copa son como bebés y vosotras tenéis que ser sus madres.

Mal, la hermana pequeña de Modh, y las niñas más pequeñas lloraban de hambre en silencio. Modh y Vui las llevaron a beber al riachuelo.

—Bebe todo lo que puedas, Mal —le dijo Modh a su hermana—. Llénate la tripa. Eso ayuda.

Después le dijo a Vui:

- -¡Bebés que son hombres! -Y escupió-.¡Hombres que les quitan la comida a las niñas!
 - −Haz lo que dice el allulu −dijo Vui.

Ahora sus captores las ignoraban; le habían dejado a Bidh la tarea de cuidar de ellas. Era un consuelo que las acompañara un hombre que hablaba su lengua. Era bastante amable: cargaba con las pequeñas, a veces con dos a la vez, pues era fuerte. A Vui y a Modh les contó historias sobre el sitio al que iban. Vui empezó a llamarlo «tío». Modh no le dejaba cargar con Mal y no lo llamaba de ninguna manera.

Modh tenía once años. Tenía seis cuando su madre murió dando a luz a su hermana pequeña y siempre había cuidado de esta.

Cuando vio que el hombre dorado cogía a su hermana y corría colina abajo, corrió tras ellos sin otra cosa en la mente que no perder a la pequeña. Los hombres iban tan rápido al principio que no pudo seguirles el ritmo, pero no les perdió el rastro y siguió tras ellos durante todo el día. Había visto cómo masacraban a sus abuelas y abuelos como a cerdos. Pensó que toda la gente que conocía en el mundo estaba muerta.

Su hermana estaba viva; ella estaba viva. Con eso bastaba. Le llenaba el corazón.

Cuando sostuvo a su hermana pequeña en brazos otra vez, fue más que suficiente.

Pero entonces, en las colinas, el hombre cruel nombró a la hija de Sio y luego la dejó tirada, y el hombre dorado no le dejó recogerla. Intentó mirar atrás, hacia los altos arbustos en los que habían echado a la criatura; intentó ver el sitio para poder acordarse, pero el hombre dorado la golpeó tan fuerte que se mareó y la empujó y tiró de ella colina arriba tan rápido que la respiración le ardía en el pecho y los ojos se le nublaban de dolor. La hija de Sio se había perdido. Se iba a quedar allí, perdida entre los arbustos. Los zorros y los perros salvajes se comerían su carne y romperían sus huesos. La invadió una sensación terrible de vacío, una oquedad, un agujero de miedo e ira en el que caía todo lo demás. Nunca podría volver y encontrar a la pequeña y enterrarla. Los niños no tienen fantasma hasta que los nombran, aunque no los entierren, pero el cruel había nombrado a la hija de Sio. La había señalado y le había puesto nombre: Groda. Groda las seguiría. Modh había oído aquel llanto débil por la noche. Venía de aquel hueco en su interior. ¿Qué podría llenar ese hueco? ¿Qué podría ser suficiente?



III

Bela ten Belen y sus compañeros no regresaron a la Ciudad triunfantes, pues no habían luchado con otros hombres; pero tampoco tuvieron que volver de noche, sigilosamente y por calles secundarias, como de una incursión fallida. No habían perdido ningún hombre y traían seis esclavas, todas hembras. Solo Ralo ten Bal volvía sin nada. Los otros bromeaban sobre cómo había perdido su captura y se había quedado dormido haciendo guardia. Y Bela ten Belen bromeaba sobre la suerte que tenía de haber pescado dos peces con el mismo anzuelo, contando cómo los había seguido la niña del fuego de la ciénaga por voluntad propia para estar con su hermana.

Al pensar en su incursión, se dio cuenta de que en verdad habían tenido mucha suerte, y que su éxito no se debía a él, sino a Bidh. Si Bidh les hubiera dicho que lo hicieran, los allulu les habrían tendido una emboscada a los soldados y los habrían matado mucho antes de que estos alcanzaran el poblado más lejano. El esclavo los había salvado. A Bela su lealtad le parecía natural, algo de esperar, pero la honró igualmente. Sabía que Bidh y su hermana Nata se tenían cariño, pero apenas podían verse, ya que Bidh pertenecía a los Han y Nata a los Belen. Cuando surgió la oportunidad, intercambió a dos de sus

propios esclavos domésticos por Bidh y lo nombró supervisor del recinto de los esclavos de la casa de Belen.

Bela había ido a capturar esclavas porque quería una niña a la que criar en la casa con su madre, su hermana y la mujer de su hermano; una niña pequeña a la que adiestrar y dar forma según sus deseos para, finalmente, desposarla.

A algunos hombres de la Copa les bastaba con tomar a su mujer de la Tierra de entre sus propios esclavos o de los barracones de la Ciudad para hacerle hijos, guardarla en el hanan y olvidarse de ella. Otros eran más guisquillosos. La madre de Bela, Hehum, había crecido desde su nacimiento en un hanan de la Copa, adiestrada para ser esposa de una Copa. Nata, que tenía cuatro años cuando la capturaron, al principio vivió en los barracones de los esclavos, pero a los pocos años un mercader de la Raíz, especulando con la belleza de la niña, intercambió por ella a cinco esclavos varones y la guardó en su hanan para que no la violaran ni vaciese con ningún hombre hasta que se la pudiera vender como esposa. La belleza de Nata cobró fama y muchos hombres de la Copa trataron de casarse con ella. Cuando tenía quince años. los Belen intercambiaron por ella toda la cosecha de su mejor campo y el uso de un edificio de la calle del Cobre. Como a su suegra, la trataban con honor en la casa de Belen

Al no encontrar, ni en los barracones ni en los hanan, ninguna niña a la que estuviera dispuesto a mirar y tomar por esposa, Bela había decidido ir a capturar a una salvaje. Había triunfado doblemente.

Al principio pensó en quedarse con Mal y mandar a Modh a los barracones. Pero, aunque Mal era encantadora, con ese cuerpecito regordete y esos ojos grandes de largas pestañas, solo tenía cinco años. No quería sexo con un bebé, como otros hombres. Modh tenía once años; aún era una niña, pero no por mucho tiempo. No siempre era hermosa, pero siempre era vivaz. Lo había impresionado su valentía al seguir tras su hermana. Se llevó a las dos al hanan de la casa de Belen y pidió a su madre, a su cuñada y a su hermana que se asegurasen de criarlas como es debido.

Se les hizo raro a las niñas salvajes oír a Nata Belenda decir palabras en su lengua, pues a sus ojos era una criatura de otra categoría, como Hehum Belenda, la madre de Bela y Alo, y Tudju Belen, la hermana de estos. Las tres mujeres eran altas y limpias y de piel tersa, con manos suaves y un cabello largo y lustroso. Vestían ropa de telarañas de colores, como las flores de primavera y las nubes al atardecer. Eran diosas. Pero Nata Belenda sonrió y fue amable e intentó hablarles a las niñas en su propia lengua, aunque recordaba poco. La abuela Hehum Belenda parecía dura y severa, pero pronto se colocó a Mal en el regazo para que jugara con el hijo pequeño de Nata. Tudju, la hija de

la casa, fue la que más las impresionó. No era mucho mayor que Modh, pero le sacaba una cabeza, y esta creyó que iba vestida de luz de luna. Su túnica estaba hecha de tela de plata, un tejido que solo las mujeres de la Copa podían llevar. Un pesado cinturón de plata descansaba inclinado sobre su cintura y le caía hasta la cadera, y de él colgaba una vaina de plata maravillosamente trabajada. La vaina estaba vacía, pero fingió sacar de ella una espada de aire, hacer una floritura con ella y lanzar una estocada. Rio al ver que la pequeña Mal todavía buscaba la espada, pero hizo entender a las niñas que no debían tocarla; era sagrada, ese día. Lo entendieron.

Viviendo con estas mujeres en la gran casa de Belen empezaron a entender muchas más cosas. Una de ellas era la lengua de la Ciudad. Dejó de resultarles tan diferente de la suya y, al cabo de unas pocas semanas, ya la parloteaban sin problema.

Tres meses más tarde acudieron a su primera ceremonia en el Gran Templo: la celebración de la mayoría de edad de Tudju. Todas fueron en procesión. Para Modh era maravilloso salir al aire libre otra vez, pues estaba cansada de paredes y techos. Al ser mujeres de la Tierra, se sentaron detrás de la cortina amarilla, pero pudieron ver a Tudju escoger su espada de una hilera que colgaba detrás del altar. La llevaría el resto de su vida cada vez que saliera de la casa. Solo las mujeres nacidas de la Copa llevaban espadas. Nadie más

en la Ciudad tenía permitido portar un arma, salvo los hombres de la Copa cuando servían como soldados. Modh y Mal lo sabían, ahora. Sabían muchas cosas, y también que había mucho más que aprender: todo lo que una tenía que saber para ser una mujer de la Ciudad.

Para Mal fue más fácil. Era lo bastante joven como para que, en poco tiempo, las normas y costumbres de la Ciudad se convirtieran para ella en las reglas que regían el mundo. Modh tuvo que desaprender las normas y costumbres del pueblo tullu. Pero, igual que con el idioma, algunas cosas le eran más familiares de lo que parecían al principio. Modh sabía que cuando un hombre tullu era elegido jefe del pueblo, incluso si ya tenía esposa debía desposar a una esclava. Aquí, los hombres de la Copa eran todos jefes. Todos tenían que casarse con mujeres de la Tierra: esclavas. Era la misma regla; solo que, como todo en la Ciudad, se había hecho más grande y complicada.

En el pueblo había dos clases de personas: tullus y esclavos. Aquí había tres y no podías cambiarte ni tampoco casarte con gente de tu clase. Estaban las Copas, que tenían tierra y esclavos, y eran todos jefes, sacerdotes, dioses en el mundo. Estaba la gente de la Tierra, que eran esclavos. Aunque a una mujer de la Tierra que desposase a una Copa pudieran tratarla casi como si también fuera Copa —como a Nata y Hehum—, seguía siendo Tierra. Y luego estaba la otra gente, las Raíces.

Modh sabía poco sobre las Raíces. No había nadie parecido en su pueblo. Le preguntó a Nata acerca de ellos y observó lo que pudo desde la reclusión del hanan. La gente de la Raíz era rica. Supervisaban el cultivo y la cosecha, los almacenes y los mercados. Las mujeres de la Raíz tenían a su cargo la construcción de las casas y hacían todas las ropas maravillosas que vestían las Copas.

Los hombres de la Copa tenían que desposar a mujeres de la Tierra, pero las mujeres de la Copa, si se casaban, debían hacerlo con hombres de la Raíz. Cuando le dieron su espada, Tudju también adquirió varios pretendientes, hombres de la Raíz que venían con paquetes de dulces y esperaban de pie al otro lado de la cortina del hanan, decían cosas educadas y luego se marchaban y hablaban con Alo y Bela, los señores de Belen desde que su padre había muerto en una incursión hacía años.

Las mujeres de la Raíz tenían que desposar a hombres de la Tierra. Había una mujer de la Raíz que quería comprar a Bidh y casarse con él. Alo y Bela le dijeron que lo venderían o se lo quedarían, lo que él eligiera. Bidh no lo había decidido aún.

La gente de la Raíz tenía esclavos y cultivos en propiedad, pero no tierras ni tampoco casas. Todos los bienes inmuebles pertenecían a las Copas.

- —Así que —dijo Modh— las Copas permiten a la gente de la Raíz vivir en la Ciudad, les dejan alguna que otra casa, a cambio del trabajo que hacen y lo que sus esclavos cultivan en los campos, ¿es eso?
- —Como recompensa por trabajar —la corrigió Nata, que siempre era tierna y nunca las regañaba—. El Padre del Cielo creó la Ciudad para sus hijos, las Copas. Y premian a los que trabajan bien dejándolos vivir en ella. Igual que nuestros dueños, las Copas y las Raíces, nos premian por nuestro trabajo y obediencia dejándonos vivir, comer y tener cobijo.

Modh no dijo «pero...». Ella veía clarísimo que se trataba de un sistema de intercambio y que no era un intercambio justo. Venía de un entorno lo bastante alejado de este como para ser capaz de observarlo desde fuera. Y, estando excluida de la reciprocidad, cualquier esclava podía contemplar el sistema con ojos incrédulos. Pero Modh no conocía otro sistema, ni la posibilidad de que tal sistema existiese, que es lo que le habría permitido decir «pero». Tampoco Nata sabía nada de esa alternativa, ese espacio posible incluso cuando es inalcanzable en el cual hay sitio para la justicia, en el que la palabra «pero» puede pronunciarse y tener significado.

Nata se había comprometido a enseñarles a las niñas salvajes cómo vivir en la Ciudad, y lo hizo con honesfo cuidado y atención. Les enseñó las normas.

Les enseñó lo que creía la gente. Las normas no incluían la justicia, así que eso no se lo enseñó. Quizás ella no creyese en lo que creía la gente, pero de igual modo les enseñó cómo vivir con quienes sí. Modh era terca y atrevida cuando llegó, y a Nata no le habría supuesto ningún esfuerzo dejar que creyese que tenía derechos, animarla a rebelarse y luego ver como la azotaban o la mutilaban o la mandaban a los campos donde la pondrían a trabajar hasta morir. Algunas esclavas lo habrían hecho. Nata, a quien habían tratado con amabilidad durante casi toda su vida, era amable con los demás. Cariñosa por naturaleza, envolvió a las niñas con su cariño. Su propio hijo era una Copa, estaba orgullosa de su pequeño dios, pero también quería a las niñas salvajes. Le gustaba oír a Bidh y a Modh hablar en la lengua de los nómadas, como hacían a veces. Mal ya la había olvidado para entonces.

Mal pronto creció y su cuerpo regordete dio paso a una delgadez como la de Modh. Tras un par de años en la Ciudad, ambas niñas eran muy diferentes a las duras fierecillas que había capturado Bela ten Belen en la incursión. Eran esbeltas, de aspecto delicado. Comían bien y vivían suave. Quizás ahora no habrían podido mantener el ritmo cruel de la huida de sus captores a la Ciudad. Hacían poco ejercicio, salvo cuando bailaban, y no tenían ningún trabajo que hacer. Las familias de la Copa que eran conservadoras, como la de los Belen,

no dejaban a sus esposas esclavas realizar ningún trabajo indigno de ellas, y todos los trabajos eran indignos de una Copa.

Modh habría enloquecido de aburrimiento si la abuela no la hubiera dejado correr y jugar en el jardín del recinto, y si Tudju no le hubiera enseñado esgrima y a bailar con la espada. Tudju adoraba su espada y el arte de usarla, que estudiaba cada día con una sacerdotisa de más edad. Equipó a Modh con una espada de bronce sin filo para practicar y le transmitía todo lo que iba aprendiendo, para así tener una compañera con la que entrenarse. La espada de Tudju estaba extremadamente afilada, pero ya era hábil con ella y no hirió a Modh ni una sola vez.

Tudju no había aceptado todavía a ninguno de los pretendientes que venían a murmurar al otro lado de la cortina amarilla del hanan. Imitaba sin piedad a los hombres de la Raíz después de que se marcharan, haciendo que todo el hanan se sacudiera de risa. Decía ser capaz de olerlos antes de que aparecieran: el de las acelgas cocidas, el de la caca de gato, el de los pies de viejo... Le contó a Modh, en secreto, que no tenía intención de casarse, sino que sería sacerdotisa y jueza-consejera. Pero eso no se lo contaba a sus hermanos. Bela y Alo esperaban sacar buen provecho del matrimonio de Tudju, en forma de suministros de comida y ropas; llevaban una vida cara, como correspondía

a las Copas. Las despensas y baúles de vestir de la casa de Belen llevaban demasiado tiempo abasteciéndose mediante trueques de alquileres por bienes. Solo Nata había costado veinte años de renta de su mejor propiedad.

Modh hizo amigas entre las esclavas Belenda y les tenía mucho cariño a Tudju, a Nata y a la vieja Hehum, pero a nadie quería como a Mal. Mal era todo lo que le quedaba de su antigua vida y en ella amaba todo lo que había perdido de sí misma. Quizá Mal siempre hubiera sido lo único que tenía: su hermana, su hija, la criatura a su cargo, su alma.

Ahora sabía que a la mayoría de su gente no la habían matado, que su padre y todos los demás estarían, sin duda, siguiendo su itinerario anual a través de las llanuras, las colinas y las ciénagas; pero nunca pensó seriamente en intentar escapar y encontrarlos. Se habían llevado a Mal, ella la había seguido. No podía volver. Y, como les había dicho Bidh, aquí tenían una vida grande y rica.

No pensaba en las abuelas y abuelos asesinados en la tierra, ni en la hija de Dua, a la que habían decapitado. Todo eso lo había visto y a la vez, no; lo que vio fue a su hermana. Su padre y los demás habrían enterrado a toda esa gente y les habrían cantado las canciones. Ya no estaban aquí. Iban por los caminos brillantes y oscuros del cielo, bailando allá arriba en los luminosos círculos de tiendas.

No odiaba a Bela ten Belen por dirigir el asalto, matar a la hija de Dua, robarlas a Mal y a ella y a las otras. Eso hacían todos los hombres, los nómadas y los de la Ciudad. Asaltaban poblaciones, mataban a gente, se llevaban comida, esclavos. Así eran los hombres. Igual de estúpido sería odiarlos que amarlos por ello.

Pero había una cosa que no debió ser, que no debería ser y sin embargo era, continua e infinitamente; esa cosa pequeña, esa nada que cuando la recordaba hacía que todo lo demás, toda la grandeza y la abundancia de la vida, se encogiese hasta ser como la carne marchita de una nuez podrida, la mancha amarilla de una mosca espachurrada.

Era de noche cuando lo sabía y Mal también, ambas en su cama mullida con sábanas de telaraña, en la oscura protección de la casa, cálida y rodeada de muros altos: Mal cogiendo aire, el escalofrío que le bajaba a ella por los brazos, ¿lo oyes?

Se aferraban la una a la otra, escuchando, oyendo.

Por la mañana, Mal estaba lánguida y le pesaban los párpados, y si Modh intentaba hacerla hablar o jugar se echaba a llorar, y Modh al final se sentaba con ella y la abrazaba y lloraban juntas, un llanto infinito, inútil, seco, mudo. No podían hacer nada. La criatura las seguía porque no sabía a quién más seguir.

Ninguna de las dos se lo contaba a nadie de la casa. No tenía nada que ver con aquellas mujeres. Era suya. Su fantasma.

A veces Modh se incorporaba por la noche y decía en un fuerte susurro: «¡Chsss, Groda! ¡Chsss, calla!». Y quizá se hiciera el silencio durante un rato. Pero el débil lamento siempre volvía.

Modh no había visto a Vui desde que llegaron a la Ciudad. Vui era de los Han, pero no la habían tratado como a Modh y a Mal. Dos ten Han hizo un trueque con una Raíz corredora de esposas por una bonita muchacha; Vui era una de las esclavas que intercambió por esa esposa. Si aún estaba viva, no vivía donde Modh pudiera acceder a ella o recibir noticias. Al mirarla desde las colinas, como la vio aquella única vez, la Ciudad no parecía muy grande en la gran inclinación y distancia de los campos y los prados y bosques que se extendían hacia el oeste; pero cuando se vivía en ella, era tan infinita como las llanuras. Podías perderte. Vui se había perdido.

Modh se hizo mujer más tarde de lo que era acosfumbrado en la Ciudad: tenía catorce años. Hehum y Tudju celebraron su ceremonia en la sala de culto de la casa, un día entero de rituales y cantos. Le dieron ropa nueva. Cuando todo terminó, Bidh fue hasfa la cortina amarilla del hanan, la llamó y le puso en las manos una bolsita de piel de ciervo, cosida de forma muy rudimentaria.

La miró con extrañeza. Bidh dijo:

-En mi aldea, el tío le regala un delu a la niña.

Bidh se volvió para irse, pero Modh le agarró la mano y le dio las gracias, emocionada, pues aún recordaba la costumbre y sabía perfectamente el riesgo que había corrido al hacerle aquel regalo. La gente de la Tierra tenía prohibido coser. Coser era patrimonio exclusivo de la Raíz. Al esclavo que descubrieran con aguja e hilo podían cortarle la mano. Como su hermana Nata, Bidh tenía buen corazón. Tanto Modh como Mal ya lo llamaban «tío» desde hacía años.

Para entonces Nata ya le había dado a Alo ten Belen tres hijos que serían sacerdotes y soldados para la casa de Belen. Alo iba casi todas las noches a jugar con los pequeños y llevarse a Nata a sus habitaciones, pero a Bela lo veían poco por el hanan. Su amigo Dos ten Han le había dado una concubina, una mujer bonita, coqueta y experimentada que lo mantuvo satisfecho durante mucho tiempo. Se había olvidado de las hermanas nómadas, había perdido interés en sus planes de educarlas. Sus días transcurrían tranquilos y alegres. A medida que pasaron los años, las noches también se volvieron más tranquilas. A Modh ya casi nunca la invadía el llanto y solo lo hacía en un sueño del cual podía despertar.

Pero, cuando se despertaba de esa manera, siempre veía los ojos de Mal abiertos de par en par en la oscuridad. No se decían nada, pero se abrazaban hasta quedarse dormidas otra vez.

Por la mañana, Mal casi parecía la misma de siempre y Modh no decía nada, temiendo disgustarla o que por acción suya el sueño no fuera tal cosa.

Entonces las cosas cambiaron.

Bela y Alo llamaron a su hermana Tudju. Estuvo fuera todo el día y volvió al hanan con expresión feroz y distante, toqueteando la empuñadura de su espada de plata. Cuando su madre fue a abrazarla, Tudju la hizo apartarse con un gesto. Después de todos estos años con Tudju en el hanan, había sido fácil olvidar que era una mujer de la Copa, la única Copa entre ellas; que la cortina amarilla era para separarlas a ellas, no a Tudju, de las partes sagradas de la casa; que ella misma era un ser sagrado. Pero ahora tenía que ejercer su derecho de nacimiento.

—Quieren que me case con ese gordo de la Raíz para quedarse con su tienda y sus telares en la calle de la Seda —dijo—. Pues no lo haré. Me voy a vivir al Gran Templo. —Y miró alrededor, a todas ellas, a su madre, su cuñada, Mal, Modh, las otras esclavas—. Todo lo que allí me den, lo enviaré aquí, pero le he dicho a Bela que si entrega un solo dedo de tierra por esa mujer que se le ha antojado, no enviaré nada del Templo a casa. Puede irse a cazar esclavas otra vez para darle de comer. Y vosotras —dijo volviendo a mirar a Mal y a Modh—, no lo perdáis de vista. Ya es hora de que se vaya casando.



Bela había intercambiado hacía poco a su concubina y al hijo de la Tierra que esta le había dado por campos de cultivo —un buen negocio—, y poco después ofreció casi la misma cantidad por otra mujer que le había gustado. No era una cuestión de matrimonio, pues una mujer de la Tierra, para casarse, debe ser virgen, y la mujer que él quería había sido propiedad de varios hombres. Alo y Tudju habían impedido el trato, que Bela no podía cerrar sin su consentimiento. Ya era hora, decía Tudju, de que Bela contemplase la idea de su sagrada obligación de casarse y engendrar niños del cielo en una mujer de la tierra.

Así pues, Tudju se marchó del hanan y de la casa para servir en el Gran Templo y solo volvía a veces en visitas formales. Por las noches la sustituyó su hermano Bela. Adusto e inquieto, como un perro atado a una cadena, aparecía disimuladamente por detrás de Alo y miraba corretear a los niños y los juegos y danzas de las esclavas.

Era un hombre alto, guapo, ágil y bien musculado. Desde el primer día que lo vio, en el horror y la carnicería de la incursión, para Modh había sido el hombre dorado. Había visto muchos otros hombres dorados en la Ciudad desde entonces, pero él fue el primero, el modelo.

No le tenía miedo, más allá de la cautela que una esclava debe sentir hacia su amo; estaba consentido, por supuesto, pero no era caprichoso ni cruel; ni siquiera cuando se enfurruñaba descargaba su mal genio sobre sus esclavos. Mal, por el contrario, retrocedía ante él presa de un pavor incontrolable. Modh le decía que estaba siendo una tonta. Bela era casi tan bueno como Alo, y Mal confiaba en Alo plenamente. Mal simplemente negaba con la cabeza. Nunca discutía y sufría en extremo cuando discrepaba con su hermana en algo, pero no podía ni intentar no temer a Bela.

Mal tenía trece años. Tuvo su ceremonia (y a ella también le dio Bidh, en secreto, una pequeña y rudimentaria «bolsa de alma»). Aquel día por la noche se puso sus nuevos ropajes. La gente de la Tierra, aun cuando vivieran con Copas, no podían llevar prendas cosidas, solo cortes de tela; pero hay muchas formas elegantes de plegar y recoger material sin forma y, aunque no pudiera hacérsele un dobladillo a la seda de araña, sí podían hacerse con ella delicados flecos y borlas. Las prendas de Mal eran de seda sin teñir, con un sobrevelo verde azulado, tan fino que era transparente.

Cuando entró, Bela levantó la vista, la miró y no dejó de mirar.

Modh se levantó de repente, sin plan ni previsión, y dijo:

-iSeñores, amos! ¿Me permitís danzar para el festival de mi hermana?

Apenas esperó a que dieran su consentimiento; en lugar de eso, habló con Lui, que tocaba los tambores de tablilla para las bailarinas. Después corrió a su cuarto a por la espada de bronce que Tudju le había dado y el velo pálido del color de las llamas que le habían entregado en su festival. Volvió corriendo con el velo flotándole alrededor.

Lui tocó los tambores; Modh bailó. Nunca había bailado tan bien. Nunca había bailado como ahora, con toda la precisión feroz y formal de la danza de la espada, pero también con un algo salvaje, un toque de amenaza en su manejo de la hoja, una síncopa sexual al son de los tambores que hizo que el ritmo de Lui se volviera cada vez más rápido e intenso, de modo que la danza se condensaba más y más, como una llama, cada vez más caliente y más viva, mientras el velo translúcido flotaba, se arremolinaba ante los rostros de los espectadores.

Cuando terminó, Bela dijo:

- —¿Cuándo has aprendido a bailar así?
- -Bajo tu mirada -respondió ella.

Él rio, un poco incómodo.

- −Ahora que baile Mal −dijo, buscándola en la estancia.
- —Está demasiado cansada para bailar —dijo Modh—. Los ritos fueron largos. Se cansa con facilidad. Pero bailaré yo otra vez.

Con un gesto rápido de la mano, Bela le indicó que siguiera bailando. Modh miró a Lui y asintió; esta sonrió de oreja a oreja y empezó a tocar el compás vacilante y sugerente de la danza lenta conocida como mimei. Modh se puso los cascabeles de tobillo que Lui guardaba con sus tambores; se dispuso el velo de manera que le cubriera la cara, el cuerpo y los brazos, dejando al descubierto solo los tobillos con las ajorcas tintineantes y los pies desnudos. Comenzó la danza: sus pies trazaban un movimiento sutil y constante, el cuerpo se mecía a medida que se intensificaban el ritmo y los movimientos.

Veía a través de la gasa sedosa; veía la erección dura bajo la túnica de seda de Bela; veía cómo le latía el corazón en el pecho.

Después de aquella noche Bela empezó a seguir a Modh tan de cerca que el problema ya no era llamar su atención, sino evitar que el hombre consiguiera quedarse a solas con ella y la violara. Hehum y las otras mujeres se aseguraban de que Modh nunca estuviera sola, pues estaban ansiosas por que Bela la desposara. A todas les gustaba Modh y a la casa de Belen no le costaría nada. Al cabo de unos pocos días Bela declaró su intención de casarse con Modh. Alo dio su consentimiento con gusto y Tudju acudió desde el Templo a oficiar los ritos nupciales.

Todos los amigos de Bela fueron a la boda. Se había retirado la cortina amarilla de la sala de danza; ahora solo ocultaba los dormitorios de las mujeres.

Por primera vez en siete años, Modh vio a los hombres que habían participado en la incursión. El hombre que recordaba como el grande era Dos ten Han; Ralo ten Bal era el cruel. Intentó mantenerse lejos de Ralo, pues verlo la

llenaba de inquietud. El más joven de los hombres, había cambiado más que los demás y, sin embargo, su actitud era infantil e irritable. Bebía mucho y bailaba con todas las esclavas jóvenes.

Modh se compadecía de su desgracia pero no se preocupó por su seguridad, ni siquiera entre hombres borrachos. Hehum y Alo no dejarían que nadie tomara su virginidad, que era su valor como novia.

Bela no se separó mucho de Modh en ningún momento, salvo cuando esta bailaba. Bailó dos de las danzas de la espada y después la mimei. Los hombres la miraban sin respiración mientras Bela los miraba tanto a ellos como a Modh, entre tenso y triunfal.

—¡Suficiente! —dijo en voz alta justo antes del final de la danza del velo, quizá para demostrar que era el amo incluso de esta llama de mujer, quizá porque no podía contenerse.

Modh paró al instante y se quedó quieta, aunque el tambor siguió latiendo unos pocos compases más.

−Ven −dijo Bela.

Modh sacó la mano de dentro del velo, él la tomó y la condujo fuera del gran vestíbulo, a sus aposentos. Tras ellos hubo risas y comenzó una nueva danza.

Fue un buen matrimonio. Encajaban bien. Ella era lo bastante sabia para obedecer inmediatamente todas las órdenes que él le daba, sin resistencia

alguna; pero nunca se adelantaba a sus órdenes ni preveía sus deseos, mimándolo y malcriándolo como habían hecho la mayoría de las esclavas que él conocía. Bela sentía en ella una inflexibilidad que le permitía ser obediente pero nunca servil. Era como si, en el alma, él le fuera indiferente, a pesar de lo que hicieran sus cuerpos; Bela podía llevarla al éxtasis sexual o, si quisiera, hacer que la torturaran, pero nada que él hiciera la cambiaría, nada la hollaría; era como una gata salvaje o una zorra, no se la podía domar.

Esta impasibilidad mantenía a Bela atraído por ella, intentando reducir la distancia. Modh, su fierecilla, su raposa, lo fascinaba. Con el tiempo también se hicieron amigos. Tenían vidas aburridas; descubrieron que se hacían buena compañía.

De día él estaba fuera, naturalmente: aún jugaba a veces en las canchas de pelota con sus amigos, cumplía con sus deberes sacerdotales en los templos y acudía con creciente frecuencia al Gran Templo. Tudju quería que se incorporase al Consejo. La hermana tenía una influencia considerable sobre Bela porque ella sabía lo que quería y él no. Él nunca había sabido lo que quería. No había mucho que a un hombre de la Copa pudiese faltarle. Se había imaginado como soldado hasta que dirigió la incursión al otro lado de las Colinas del Día. Aunque había sido fructífera, en cuanto a que habían capturado esclavas y vuelto a casa sanos y salvos, no soportaba acordarse de la matanza, de cuando

se escondieron, de la prueba de su propia ineptitud, los días y noches de miedo, confusión, asco, agotamiento y vergüenza. Así que no había nada más que hacer que jugar en las canchas de pelota, oficiar los ritos y beber, y bailar. Y ahora estaba Modh. Y sus propios hijos por venir. Y, tal vez, si Tudju seguía insistiéndole, se convertiría en consejero. Era suficiente.

A Modh le costaba hacerse a dormir junto al hombre dorado y no junto a su hermana. Se despertaba en plena oscuridad y nada era como debía ser, ni el peso de la cama, ni el olor, ni nada. En esos momentos quería estar con Mal, no con él. Pero durante el día volvía al hanan con Mal y con las otras, igual que antes, y Bela llegaba siempre por la tarde. Todo habría ido bien así, no habría pasado nada, de no haber sido por Ralo ten Bal.

Ralo se fijó en Mal la noche de la boda, cabizbaja, sin separarse de Hehum, cubierta por el velo azul que era como un velo de lluvia. Se acercó hasta ella e intentó hacerla hablar o bailar; ella se encogió, estremecida y tiritando. No quería hablar ni levantar la vista. Él le puso un pulgar bajo la barbilla para hacerle alzar el rostro y, al hacerlo, Mal sintió una arcada, como si fuera a vomitar, y se quedó clavada en el sitio, tambaleándose. Hehum interfirió:

—Señor amo ten Bal, está intacta —dijo, con la severa dignidad de su posición como madre de dioses.

Ralo se rio y retiró la mano, diciendo como un bobo:

-Bueno, pues ya la he tocado yo.

Al cabo de unos pocos días llegó de los Bal una oferta por ella. No era una buena oferta. La pedían como muchacha esclava, como si no fuera casadera, y el trueque no era más que la cosecha del cultivo de uno de los terrenos de grano de los Bal. Dada su riqueza y la relativa pobreza de los Belen, era insultante. Alo y Bela se negaron, sin explicación ni disculpa, con altivez. Modh sintió un profundo alivio cuando Bela se lo contó. La llegada de la oferta le había sentado como un golpe. ¿Había seducido a Bela para alejarlo de Mal y de inmediato hacerla presa de un hombre al que temía aun más que a Bela, y con más razón? Intentando proteger a su hermana, ¿la había expuesto a un peligro aún mayor? Fue corriendo donde Mal a contarle que habían rechazado la oferta de los Bal y, al hacerlo, rompió a llorar de culpa y de alivio. Mal no lloró; recibió la buena noticia sin decir mucho. Había estado muy callada desde la boda.

Mal y Modh pasaban todo el día juntas, como siempre habían hecho. Pero no era igual; no podía serlo. El marido se interpuso entre las hermanas. No podían compartir su sueño.

Pasaron los días y los festivales. Modh ya se había quitado a Ralo ten Bal de la cabeza cuando un día se presentó en casa con Bela, después de jugar en las canchas de pelota. Bela no parecía cómodo con el hecho de dejarlo entrar en la casa, pero no tenía ninguna razón para no hacerlo. Bela entró en el hanan y le dijo a Modh:

- —Viene con la esperanza de verte bailar otra vez.
- $-\lambda$ No lo irás a traer detrás de la cortina?
- —Solo hasta la sala de danza.

Bela la vio fruncir el ceño, pero no estaba acostumbrado a leer expresiones. Esperó a obtener respuesta.

-Bailaré para él −dijo Modh.

Le dijo a Mal que se quedase en los dormitorios del hanan. Mal asintió. Estaba reducida, delgada, cansada. Rodeó a su hermana con los brazos.

-Ay, Modh -dijo-. Eres valiente, eres buena.

Modh se sentía espantada y llena de odio, pero no dijo nada, solo abrazó fuerte a Mal, inspiró el olor dulce de su pelo y volvió a la sala de danza.

Modh bailó y Ralo alabó su danza. Luego dijo lo que ella sabía que había esfado esperando para decir desde el momento en que había llegado:

- -¿Dónde está la hermana de tu esposa, Bela?
- No se encuentra bien −dijo Modh, aunque no correspondía a una mujer
 de la Tierra contesfar a una pregunta que una Copa le hacía a otra.
- —No está muy bien hoy —dijo Bela, y Modh le habría besado de los ojos a los pies por escucharla, por repetir sus palabras.

- −¿Enferma?
- −No sé −respondió Bela, flaqueando. Miró a Modh.
- −Sí −dijo ella.
- -Pero quizá podría salir un momento a enseñarme sus bonitas cejas.

Bela miró a Modh otra vez. Ella no dijo nada.

—No tuve nada que ver con ese esfúpido mensaje que te mandó mi padre por ella —dijo Ralo. Miró a Bela, después a Modh y de nuevo a aquel, sonriéndose, consciente de su poder—. Padre me oyó hablar de ella. Solo quería regalarme un capricho. Debes perdonarlo. Pensaba que era una chica de la Tierra cualquiera.

Volvió a mirar a Modh e insulso, malicioso, dijo:

—Trae a tu hermana pequeña solo un momento, Modh Belenda.

Bela la miró y asintió. Ella se levantó y fue tras la cortina amarilla.

Se quedó unos minutos plantada en el vestíbulo vacío que conducía a los dormitorios y después volvió a la sala de danza.

- —Perdóname, señor amo Bal —dijo con su voz más dulce—; la muchacha tiene fiebre y no puede levantarse para acudir a tu llamada. Hace mucho tiempo que no se encuentra bien. Lo lamento muchísimo. Podría enviar a una de las otras chicas.
 - -No. Quiero a esa -dijo Ralo, y siguió hablándole a Bela, ignorando a

Modh—: Te trajiste dos a casa de esa incursión que hicimos. Yo no conseguí ninguna. Compartí el peligro, lo justo es que tú compartas la captura.

Era evidente que había ensayado las frases.

- −Sí que conseguiste una −dijo Bela.
- −¿De qué hablas?

Bela parecía incómodo.

- −Tenías una −dijo, en un tono de voz menos decidido.
- -iVolví a casa sin nada! -chilló Ralo, elevando el tono, acusador-.iY tú te quedaste con dos! Mira, ya sé que las criaste tú todos estos años, ya sé que criar niñas es caro. No te pido un regalo.
 - −Has estado a punto −contestó Bela fríamente, con voz grave.

Ralo ignoró aquello con una risa.

- —Simplemente ten en cuenta, Bela, que fuimos soldados juntos —dijo engatusador, infantil, colocándole un brazo sobre los hombros—. Fuiste mi capitán. ¡Yo eso no lo olvido! Fuimos hermanos en la lucha. Mira, no solo te estoy hablando de compartir a la chica. Tú te casaste con una hermana, pues yo me caso con la otra. ¿Lo has oído? ¡Seremos hermanos en la tierra! ¿Qué te parece? —rio y le dio a Bela una palmada en el hombro—. ¿Qué te parece? ¡Y a ti no te va a venir nada mal, capitán!
 - ─No es momento de hablar de esto —dijo Bela, digno e incómodo.

Ralo sonrió y dijo:

-Pero pronto, sí, espero.

Bela se puso en pie y Ralo tuvo que retirarse.

Por favor, hacédmelo saber cuando Cejas Bonitas se encuentre mejor
 le dijo a Modh, con sonrisa maliciosa y mirada penetrante —. Vendré de inmediato.

Una vez se hubo marchado, Modh no pudo callarse.

- -Señor esposo, no le des a Mal. Por favor, no se la des a él.
- −No quiero −dijo Bela.
- -¡Pues no lo hagas! ¡Por favor!
- —Siempre habla así. Fanfarronea.
- −Tal vez, pero ¿y si hace una oferta?
- —Espera a que la haga —respondió Bela, algo apesadumbrado, pero sonriente. La atrajo hacia él y le acarició el pelo—. Te preocupas mucho por Mal. No está enferma en realidad, ¿no?
 - –No sé. No está bien.
- —¡Chicas! —dijo él, encogiéndose de hombros—. Has bailado bien esta noche.
 - —He bailado mal. No bailaría bien para ese escorpión.

Eso lo hizo reír.

- —Sí que te has saltado la mejor parte del amei.
- -Claro que me la he saltado. Eso solo lo quiero bailar para ti.
- −Lui ya se ha ido a la cama; si no, te pediría que lo hicieras.
- —Ah, no necesito percusionista. Mira, aquí está mi tambor. —Le tomó las manos y se las puso sobre sus pechos grandes—. ¿Sientes el compás?

Modh se levantó, adoptó la postura, alzó los brazos y empezó a bailar allí mismo, delante de Bela, hasta que él la agarró y enterró la cara entre sus muslos. Ella se dejó caer riendo sobre él.

Hehum entró en la sala de danza y retrocedió al verlos, pero Modh se zafó de su esposo y fue donde la anciana.

- −Mal está enferma −dijo Hehum con semblante preocupado.
- —Ay, lo sabía, ¡lo sabía! —gritó Modh, convencida al instante de que era su culpa, de que la mentira se había hecho realidad a sí misma. Corrió a la habitación de Mal, la que había compartido con ella durante tanto tiempo.

Hehum la siguió.

—Se cubre las orejas —dijo—. Creo que tiene dolor de oídos. Llora y se tapa las orejas.

Mal se incorporó cuando Modh entró en la habitación. Esfaba demacrada y tenía una expresión salvaje en la cara.

−La oyes, tú la oyes, ¿a que sí? −gritó, tomando a Modh de las manos.

- —No —murmuró Modh—, no. No la oigo. No oigo nada. No hay nada, Mal. Mal levantó la vista para mirarla.
- −Cuando viene él −susurró.
- −No −contestó Mal.
- -Groda viene con él.
- -No. Eso fue hace años, muchos. Tienes que ser fuerte, Mal, tienes que dejar todo eso atrás.

Mal dejó escapar un sonoro gemido lastimero y se puso las manos de Modh sobre las orejas.

- −¡No quiero oírlo! −chilló, y empezó a sollozar violentamente.
- —Dile a mi esposo que pasaré esta noche con Mal —dijo Modh a Hehum. Sostuvo a su hermana entre sus brazos hasta que se quedó dormida al fin y luego se durmió ella, aunque le costó, γ se despertaba a menudo, siempre escuchando.

Por la mañana acudió a Bidh y le preguntó si sabía qué hacía la gente —su gente de la aldea— con los fantasmas.

Bidh pensó.

- —Creo que si sabían que había un fantasma en algún sitio, la gente de la aldea no iba allí. O se cambiaban de lugar. ¿Qué tipo de fantasma?
 - —Una persona sin enterrar.

Bidh hizo una mueca.

- −Se cambiarían de sitio −dijo con certeza.
- −¿Y si los siguiera?

Bidh extendió las manos en señal de rendición.

—¡No sé! El sacerdote, el yegug, haría algo, digo yo. Alguna especie de hechizo. El yegug sabía de todas esas cosas. Los sacerdotes de aquí, esta gente de los templos, no saben nada más que sus danzas y sus cánticos y hablar y hablar. Bueno, ¿y esto a qué viene? ¿Es por Mal?

−Sí.

Bidh hizo la mueca otra vez.

-Pobrecita.

Luego, más alegre, dijo:

-Quizá convendría que se fuera de esta casa.

Pasaron varios días. Mal estaba febril e insomne; todas las noches oía el llanto del fantasma o temía oírlo. Modh dormía con ella y Bela no se oponía. Pero una noche, al volver a casa, habló con Alo durante un rato. Al terminar, los hermanos fueron al hanan. Hehum y Nata estaban con los niños. Los hermanos mandaron fuera a los críos y pidieron que acudiese Modh. Mal se quedó en su habitación.

−Ralo ten Bal quiere tomar a Mal por esposa −dijo Alo mirando a Modh.

Adelantándose a todo lo que pudiera decir, añadió—: Le hemos dicho que es muy joven, que no se encuentra bien últimamente. Dice que no se acostará con ella hasta que tenga quince años. Se asegurará de que la cuidan y la cubren de todo tipo de atenciones. Quiere casarse con ella ahora para que ningún otro hombre pueda disputársela.

−Y subirle el precio −dijo Nata, con una brusquedad inusual en ella.

Nata había sido objeto de una guerra de pujas de esa clase, que era la razón por la que los Belen prácticamente se habían arruinado para comprarla.

- —El precio que ofrecen los Bal ahora no podría igualarlo ninguna casa de la Ciudad —dijo Alo solemnemente —. Al ver que no estábamos dispuestos, al instante subieron la oferta y luego la volvieron a subir. Es el precio de novia más alto que he oído jamás. Más alto que el tuyo, Nata. —Alo miró a su esposa con una extraña sonrisa, compungida, íntima, a medias entre el orgullo y la vergüenza. Después miró a su madre y a Modh—. Ofrecen todos los campos de Nuila. Sus huertos de frutales del oeste. Cinco casas de la Raíz en la calle de la Muralla. La nueva fábrica de seda. Y regalos: joyas, prendas de primera calidad, oro. Nos es imposible negarnos —concluyó, mirando al suelo.
 - −Seremos casi tan ricos como antes −dijo Bela.
- —Casi tan ricos como los Bal —dijo Alo, con ese mismo toque compungido en su sonrisa—. Creían que estábamos regateando. Era ridículo. Cada

vez que yo empezaba a hablar, ¡el viejo Loho ten Bal levantaba la mano para interrumpirme y añadía algo más a la oferta! —Miró a Bela de reojo, que asintió y rio.

- −¿Habéis hablado con Tudju? −preguntó Modh.
- -Sí -respondió Bela.
- $-\lambda$ Y ella está de acuerdo? —La pregunta era innecesaria. Bela asintió.
- —Ralo no tratará mal a tu hermana, Modh —dijo Alo con tono serio—. No después de pagar semejante precio por ella. La tratará como a una estatua de oro. Todos lo harán. Está loco de deseo por ella. Nunca he visto a un hombre que estuviera tan encaprichado con algo. Es raro, apenas la ha visto, solo en tu boda. Pero está cautivado.
 - −¿Quiere casarse con ella ya? −preguntó Nata.
- —Sí. Pero no la tocará hasta que tenga quince años. ¡Si se lo hubiéramos pedido puede que hasta hubiera prometido no tocarla nunca!
 - ─Es fácil prometer —dijo Nata.
- —Y si yace con ella, tampoco será el fin del mundo —dijo Bela—. Puede que le venga bien. Ha estado muy mimada aquí. La malcrías, Modh. Quizá lo que le hace falta es un hombre en su cama.
- -Pero ese hombre, precisamente... -dijo Modh. Tenía la boca seca y le pitaban los oídos.

- -Ralo también está un poco malcriado. No tiene nada de malo.
- −Él... −Se mordió el labio. No podía decir las palabras.

Modh volvió a ver a Bela impidiéndole darse la vuelta para recoger al bebé, pinchándola con su espada, agarrándola del brazo para tirar de ella. Mal estaba llorando y trastabillando tras ellos sobre el suelo polvoriento, ascendiendo por la colina empinada, entre los árboles.

Un silencio incómodo se hizo entre todos los presentes.

- —Bien, pues —dijo Alo, en un volumen más elevado del necesario−, habrá otra boda.
 - −¿Cuándo?
 - —Antes del Sacrificio.

Otro silencio.

—No queremos que Mal sufra ningún daño —le dijo Alo a Modh—. Quédate tranquila, Modh. Díselo.

Modh era incapaz de moverse o hablar.

- —No os hemos maltratado a ninguna de las dos —dijo Bela, resentido, como si contestara a una acusación. Su madre lo miró con el ceño fruncido y chasqueó la lengua. Él se ruborizó y jugueteó nerviosamente con los dedos.
 - −Ve a hablar con tu hermana, Modh −dijo Hehum.

Modh se levantó. Al ponerse en pie vio que las paredes y los tapices y las caras se volvían pequeñas y brillantes, destellando con unas luces muy pequeñas. Caminó despacio y se detuvo a la entrada.

- -No soy yo quien ha de contárselo -dijo, oyendo su propia voz muy lejana.
 - ─Entonces tráela aquí —dijo Alo.

Ella asintió, pero al hacerlo las paredes no dejaban de girar a su alrededor y, al extender la mano para encontrar apoyo, cayó al suelo seminconsciente.

Bela fue hasta ella y la acunó en sus brazos.

-Raposilla, raposilla -murmuraba.

Modh lo oyó decirle airado a Alo:

-Cuanto antes, mejor.

Se llevó a Modh en brazos a la habitación que compartían y se sentó a su lado hasta que ella fingió dormirse. Después la dejó sin hacer ruido.

Modh sabía que, por preocuparse, por las noches que había pasado con Mal, había dejado que su marido tuviera celos de su hermana.

¡Por ella llegué a ti!, le gritaba en el corazón.

Pero no había nada que ella pudiera decir ya que no fuera a hacer aún más daño.



Cuando se levantó, fue a la habitación de Mal. Mal corrió llorando hacia ella, pero Modh solo la abrazó, sin hablar, hasta que la niña cesó su llanto. Luego dijo:

- –Mal, no hay nada que pueda hacer. Tienes que soportarlo. Y yo también.
 Mal retrocedió un poco y estuvo un rato sin decir nada.
- ─No puede suceder —dijo entonces, con una especie de certeza—. No lo permitirá. La criatura no lo permitirá.

Modh tuvo un momento de desconcierto. Llevaba unos días bastante segura de que estaba embarazada. Y por un momento pensó que lo estaba Mal. Luego comprendió.

- —No debes pensar en esa niña —dijo —. No era ni tuya ni mía. No era hija ni hermana nuestra. Su muerte no fue nuestra.
- —No, es de él —dijo Mal, y casi sonrió. Acarició los brazos de Modh y se apartó—. Seré buena, Modh. No debes dejar que esto os preocupe... a ti y a tu esposo. No es tu problema. No te preocupes. Lo que debe ocurrir ocurrirá.

Con cobardía, Modh se permitió aceptar que Mal la reconfortara. Con más cobardía aún, se permitió alegrarse de que solo faltaran unos días para la boda. Entonces lo que debiera ocurrir habría ocurrido. Esfaría hecho. Habría terminado.

Estaba embarazada; les describió los signos a Hehum y Nata. Ambas sonrieron y dijeron: «Un niño».

Hubo mucho trajín de preparativos para el enlace. La ceremonia tendría lugar en la casa de Belen, que se negó a permitir que los Bal procuraran comida, bailarinas, músicas o cualquier otro de los lujos que ofrecieron. Tudju sería la sacerdotisa matrimonial. Llegó con un par de días de antelación para alojarse en su antiguo hogar y jugó con Modh a practicar con la espada, mientras Mal las miraba y aplaudía, como hacían de niñas, como ella solía hacer. Mal estaba delgada y los ojos parecían quedarle grandes, pero fue viviendo el transcurso de los días con serenidad. Cómo serían sus noches, eso Modh lo ignoraba. Mal no la llamó. Por la mañana, cuando Modh le preguntaba por la noche, sonreía y contestaba: «Ya pasó».

Pero la víspera de la boda, Modh se despertó a altas horas de la noche. Oía a un bebé llorar.

Sintió como a su lado Bela se despertaba.

–¿Dónde está ese niño? −dijo.

La voz sonaba ronca y grave en la oscuridad. Ella no dijo nada.

- ─Nata debería hacer callar a su mocoso —dijo.
- −No es de Nata.

Era un llanto débil y extraño, no eran los berreos de los niños sanos de Nata. Al principio lo oyeron a la izquierda, como si estuviera en el hanan. Después, al cabo de un rato, el débil gemido llegó de la derecha, de las estancias públicas de la casa.

- −Quizá sea mi criatura −dijo Modh.
- −¿Qué criatura?
- —La tuya.
- –¿Qué quieres decir?
- —Estoy encinta de tu hija. Nata y Hehum dicen que es un niño. Pero yo creo que es niña.
 - −¿Pero por qué llora? −susurró Bela, abrazándola.

Ella se estremeció y lo abrazó también.

−¡No es nuestro bebé! ¡No es nuestro bebé! −gritó.

El bebé aulló toda la noche. La gente se levantó y encendió faroles y caminó por los vestíbulos y corredores de la casa de Belen. No vieron nada; solo se toparon con las caras asustadas de los demás. A veces aquel llanto débil y enfermizo cesaba durante un largo rato, pero siempre volvía a empezar. Casi siempre se oía apagado, como si estuviera lejos, incluso aunque viniese de la habitación de al lado. Los pequeños de Nata lo oían y gritaban: «¡Haz que pare!».

Tudju quemó incienso en la sala de rezos y entonó cánticos toda la noche. A ella aquel gemido apenas perceptible le parecía que llegaba de debajo del suelo, bajo sus pies.

Cuando salió el sol, la gente de la casa de Belen dejó de oír al fantasma. Se prepararon para la fiesta nupcial como bien pudieron.

Llegó la gente de la casa de Bal. Sacaron a Mal de detrás de la cortina amarilla, vestida con voluminosas sedas brocadas sin coser y joyería de oro. Su velo, que era como lluvia, le rodeaba la cabeza. Parecía muy pequeña bajo todos aquellos elaborados ropajes, con la espalda recta y la mirada gacha. Ralo ten Bal estaba resplandeciente, vestido de terciopelo abullonado y cubierto de lentejuelas. Tudju encendió el fuego nupcial y comenzaron los ritos.

Modh siempre escuchaba, no las palabras que entonaba Tudju. No oyó nada.

La fiesta tras la boda fue breve, tirante; todo se llevó a cabo con suma formalidad. Los invitados se marcharon poco después de la ceremonia, siguiendo a la novia y al novio a la casa de Bal, donde habría más danzas y música. Tudju, Hehum, Alo y Nata fueron con ellos por educación. Bela se quedó en casa. Ni él ni Modh se dijeron casi nada. Se quitaron las galas y se echaron en silencio sobre la cama, reconfortados por el calor del otro, intentando no

afinar el oído en busca del gemido del bebé. No oyeron nada, solo a los otros que volvían, y después silencio.

Tudju debía volver al Templo al día siguiente. Por la mañana temprano fue a los aposentos de Bela y Modh. Modh se acababa de levantar.

- –¿Dónde está mi espada, Modh?
- -La metiste en el cajón de la sala de danza.
- -Ahí está la tuya de bronce, no la mía.

Modh la miró sin decir nada. El corazón empezó a latirle con fuerza.

Se oyó un ruido, gritos, golpes en las puertas de la casa.

Modh corrió al hanan, a la habitación en la que Mal y ella habían dormido, y se escondió en el rincón con las manos sobre las orejas.

Allí la encontró Bela más tarde. Él la levantó, sujetándola con suavidad de las muñecas. Modh recordó cómo había tirado así de ella colina arriba a través de la arboleda.

- —Mal ha matado a Ralo —dijo—. Tenía la espada de Tudju escondida bajo el vestido. La han estrangulado.
 - −¿Dónde lo mató?
- -En la cama de ella -dijo Bela con tono sombrío-. Al final Ralo no cumplió sus promesas.
 - —¿Quién la enterrará?

- —Nadie —dijo Bela tras una larga pausa—. Era una mujer de la Tierra. Asesinó a una Copa. Arrojarán su cuerpo al foso de los carniceros para que se la coman los perros salvajes.
- —Ah, eso no —dijo Modh. Liberó sus muñecas de las manos de Bela—.
 No. La enterraremos.

Bela negó con la cabeza.

- $-\lambda$ Vas a dejarlas a todas tiradas en cualquier parte, Bela?
- -No puedo hacer nada −dijo él.

Ella se levantó de un salto, pero Bela la alcanzó y la retuvo con su abrazo.

A los otros les dijo que Modh estaba loca de dolor. La tuvieron vigilada en casa, encerrada bajo llave.

Bidh sabía lo que la preocupaba. Le contó mentiras intentando reconfortarla; le dijo que había ido al foso de los carniceros por la noche, que había encontrado el cuerpo de Mal y lo había enterrado más allá de los Campos de la Ciudad. Le dijo que había pronunciado cuantas palabras recordaba de las que podían decírsele a un espíritu. Describió con vivo detalle la tumba de Mal, los robles, los arbustos en flor. También le prometió a Modh que la llevaría allí. Ella escuchó, sonrió y le dio las gracias. Sabía que mentía. Mal venía a ella todas las noches y se tumbaba a su lado en silencio.

Bela sabía que venía. No intentó volver a esa cama nunca más.

Modh estuvo encerrada en la casa de Belen durante todo su embarazo. No se puso de parto hasta casi pasado el décimo mes. El bebé era demasiado grande; no quería nacer, y con su muerte la mató a ella.

Bela ten Belen enterró a su esposa e hijo nonato con los difuntos de los Belen en los jardines sagrados del Templo, pues, aunque no fue más que una mujer de la Tierra, tenía un dios muerto en el vientre.

La conversación de los modestos



La conversación de los modestos

La palabra *modestia* proviene del término latino *modestia*, que es lo contrario de *superbia*, orgullo: lo moderado como opuesto a lo ambicioso, lo desmesurado. Para los romanos, la modestia no era un acto negativo, pasivo, de evitar el orgullo, sino una virtud activa que precisaba autocontrol y un pensamiento realista e inteligente.

También tenía otro significado secundario, más restringido, de género. En una mujer, la modestia significaba la silenciosa deferencia que se le mostraba al padre/esposo/superior varón de una, además del ejercicio de unos modales retraídos específicamente diseñados para no atraer la atención de otros hombres.

Esta connotación de género continuó cercenando y debilitando el significado más amplio de la palabra. La mayoría de los hombres, y muchas mujeres, no consideran que una virtud supuestamente propia de estas últimas sea digna de alabanza por parte de aquellos. Y con la llegada del cristianismo, aunque los moralistas cristianos denominaron la soberbia un pecado capital, su contrario no pasó a ser la modestia sino la humildad. Comportarse con

humildad y evitar la arrogancia son asuntos muy diferentes. La humildad es drásfica y, a menudo, muy visible. La modesfia no es, ni por asomo, tan *sexy* como la humildad; inherentemente ajena a lo extremo, la primera consiste en gran medida en una evaluación realista de los dones y las posibilidades que una tiene, un respeto por lo probable y una aversión a la fanfarronería y el alardeo. Se puede presumir de ser humilde de formas bastante dramáticas, pero la modestia, por definición, ni se luce ni se puede lucir.

Durante el siglo xx, la palabra pasó totalmente de moda. Hoy en día rara vez se utiliza en un sentido positivo, salvo como un adjetivo para calificar algo como «sencillo», y en su mayor parte aparece como un eufemismo de *pequeño* o *pobre*: una casa modesta, medios modestos.

En el polo opuesto, la inmodestia pasó a aplicarse, sobre todo, al comportamiento y el vestir de las mujeres.

Nunca he escuchado la palabra *inmodesto* aplicada a un atuendo masculino, ni siquiera a algo tan escandalosamente jactancioso como una bragueta de armar¹ o tan incómodamente protuberante como los leotardos de un bailarín de *ballet*.

¹ En inglés *codpiece*, prenda masculina utilizada en Europa en los siglos xvyxv para cubrir los genitales, dado que las calzas para las piernas dejaban estos expuestos al aire y el jubón (la prenda que cubría el torso y parte de los muslos), con el tiempo, se fue haciendo más corto, revelando la zona en cuestión. (N. de la T.)

Cuando las mujeres empezaron a rebelarse contra la jerarquía de género, las virtudes femeninas asignadas por los jerarcas —el silencio, la deferencia, la obediencia, la pasividad, la timidez, la modestia— naturalmente pasaron a estar en tela de juicio y las mujeres se dispusieron a repudiarlas todas con desdén. Este proceso ya estaba en marcha a finales del siglo xix, prosiguió durante todo el siglo xx y continúa hoy. Una vez más, una interpretación de género anegó la idea de modestia como atributo general. Como cualidad admirable, como virtud humana, la modestia está, a estas alturas, prácticamente muerta.

Me parece una lástima.

Mientras fue una exigencia excesiva o humillante de autorrepresión y comportamiento asexual en las mujeres, estas hicieron bien en mofarse y rechazar la modestia. Pero ¿dónde se obliga a obedecerla a día de hoy? En el islam y en algunas sectas cristianas conservadoras, supongo. Desde luego, no en la sociedad occidental en general.

En el campo de la ropa femenina, el concepto de modestia existe como una especie de limitación del alarde sexual o de la provocación deliberada, sobre todo como una barrera imaginaria que los diseñadores de ropa no dejan de subir y bajar para provocar al espectador, para excitarlo. La apariencia de modestia física, de hecho, tiene poco que ver con la ropa y mucho con la costumbre. Una mujer desnuda puede ser absolutamente modesta en su

comportamiento si la desnudez es una norma en su sociedad, mientras que una mujer completamente vestida puede dar la impresión de expresar una vanagloria sexual ostentosa y provocadora, si eso es lo que quiere o se espera de ella, o si la moda textil se lo impone.

En el ruedo político, la modestia ha sido habitualmente más una pose que una postura. Para la mayoría de los políticos, el exhibicionismo es la norma. A veces se esfuerzan por fundar su autobombo en unos principios éticos y, a menudo, no muestran más que un descarado menosprecio por el concepto de autocrítica realista.

La publicidad —la fanfarronería al servicio de la avaricia— es el gran enemigo de la evaluación realista y el respeto por lo probable. En un sistema en el que se espera del lucro que sea ilimitado, una evaluación realista no es algo deseable. La publicidad, a día de hoy, marca el tono y el estilo no solo de la política sino también de buena parte de lo que decimos, hacemos, leemos y escuchamos. Por lo tanto, la fortaleza de carácter no se determina según un comportamiento fiable y competente, sino por su correspondencia con demostraciones de seguridad en una misma, con despliegues de agresividad. Para demostrar que es fuerte y está seguro de sí mismo, al presidente de Estados Unidos se le exige que utilice expresiones como «petarlo». El pavoneo hostil, conscientemente vulgar, que sugiere la expresión es la esencia de su valor.

(Encuentro especialmente trisfes los eslóganes como «Las tías lo petan» que pueden verse en las pegatinas de algunos coches. Este eslogan protesta contra la antigua idea de una virginidad modesta al servicio del hombre, o contra la cruel demanda de que las mujeres negras sean humildes y serviles. Pero una amenaza de violencia tan insulsa e indiscriminada fracasa en sus intenciones: no evoca ningún orgullo, no es una llamada a la acción, no es más que un eslogan publicitario.)

Para un artista, si interpretamos la modestia como un retraimiento, una escasa predisposición a exhibir su trabajo o su persona, se trata de una virtud tan dudosa que llega a ser una desventaja. El arte es espectáculo, es exhibición. La inseguridad en uno mismo puede sofocar un verdadero don, de la misma manera que, utilizada con astucia, la seguridad puede hacer que un talento mediocre acabe adquiriendo fama. Pero si se la interpreta no como un retraimiento o como una forma de discreción, sino como una falta de arrogancia, una evaluación realista del trabajo por hacer y de la capacidad que se tiene para realizarlo, podríamos decir que la modestia es una de las principales virtudes de los artistas sobresalientes. Podríamos confundirla con arrogancia, porque era tan inmensa la conciencia de estos artistas sobre sus capacidades, que no temían hacer aquello para lo que nadie antes había tenido el valor. Pero conocer tus propios límites y trabajar en esa dirección no es arrogancia, sino

grandeza de espíritu. Conduce a la certeza inmensa, libre de presunción, de un Shakespeare, un Rembrandt o un Beethoven. A su lado, los artistas fanfarrones, los grandes egos, los Wagner y los Picasso, empequeñecen.

Publicitarse a sí mismo anunciando la subversión que supone el propio trabajo, hacer un espectáculo del derrocamiento audaz de los convencionalismos, adoptar un estilo por pura novedad, por escandalizar o por burlarse cínicamente de un estilo más antiguo: todas ellas son estratagemas que los artistas empezaron a utilizar en el siglo XIX. Ahora son habituales y gozan de éxito especialmente en la arquitectura, la pintura y la escultura. Los escritores y compositores que intentan semejantes inmodestias no siempre consiguen el aplauso complaciente que se les ofrece a los artistas plásticos. Sus precios son más bajos y sus críticos actúan con menos complicidad.

La obra de arte cumbre sobre la modesfia, vista como un rasgo básico de la personalidad, es la novela de Jane Austen que quienes adoran *Emma* no suelen adorar en absoluto. La moralidad del relato sobre una muchacha con ínfulas a la que ponen en su lugar es simple, reconocible y grata para todo el mundo. La moralidad de *Mansfield Park* no es simple, no es reconocible y no les es grata a quienes consideran la extraversión una norma deseable y la confianza en una misma una virtud sin límites. El hecho de que una muchacha pueda ser modesfa, real, verdadera, auténticamente modesfa —es decir, que evalúe

su situación de forma realista, que elija el comportamiento apropiado en esa situación y que mantenga esa posición hasta el final frente a una oposición extremadamente poderosa—, les resulta a muchos lectores algo tan extraño, antinatural incluso, que no pueden sino tacharla de hipócrita. El defecto de Fanny no es la falsedad, sino una excesiva falta de confianza en sí misma, nada sorprendente si se tiene en cuenta cómo la han educado. Su realismo fracasa; se equivoca al valorar sus capacidades. Al mismo tiempo, se ciñe a la realidad como buenamente puede, con una tenaz transparencia en cuanto a sus propósitos, que es exactamente lo contrario de la hipocresía. A mí me parece fascinante, entrañable, una verdadera heroína.

Me da la impresión de que las personas responden de forma positiva a la modestia y que les molesta percibir arrogancia y soberbia —aunque las soporten en exceso sin quejarse—, o que incluso estas llegan a impresionarlas, probablemente porque buena parte de la gente es, de hecho, modesta. Se aceptan como personas ordinarias, calculan su propio valor sin inflarlo —o sin subestimarlo, cosa que conduce a la debilidad y al servilismo—, no dan por hecho que no tienen nada que aprender, así que están dispuestas a escuchar. Carecen de la convicción fatal de disponer de una superioridad innata.

Por lo tanto, son personas que con demasiada frecuencia están dispuestas a escuchar a gente que pretende un estatus de superioridad: los presentadores

de noticias; los tertulianos gritones; los papas, curas y ayatolás; los publicistas, los sabelotodo. El punto débil de la modestia es que puede permitir la arrogancia de otras personas. Su punto fuerte es que, a la larga, la arrogancia no la engaña.

Creo que aún hay mucha gente que sigue considerando la modestia una virtud y, como tal, la practican, aunque no utilicen la palabra en sí. Estoy pensando en conversaciones del día a día: carpinteros trabajando juntos en una pieza, secretarias charlando en un descanso, personas tomándose una cerveza o cenando juntas y hablando de lo que sea que les interesa o de lo que saben. Me da la impresión de que en estas situaciones, un comportamiento modesto es la norma. El garrulismo autoritario de cuando hablo de que me salió la Honda a precio de ganga, de mi viaje a Oaxaca, de mi increíble vida sexual, de mi relación especial con Jesús, etc., se soporta y se escucha con más o menos educación, especialmente cuando son las mujeres las que escuchan a los hombres. Pero, al final, la verdadera conversación sortea a la soberbia y continúa su camino, reconectándose intacta al otro lado, como el agua que fluye alrededor de una roca. La conversación de los modestos es lo que mantiene unidas a las personas de a pie. Es lo contrario de la publicidad: es comunión.

Epílogo Ciencia ficción y feminismo



Ciencia ficción y feminismo

Aquel primer día de enero de 1818 Mary Shelley solo tenía veinte años. La primera edición de su novela acababa de salir a la calle con una tirada de quinientos ejemplares, pero el editor no había respetado sus deseos. Ella quería una publicación en dos volúmenes y con treinta y tres capítulos, y en la fase de edición se redujeron a veintitrés y se disfribuyeron en tres tomos. Esa división era la corriente en la época, pero a Shelley le daban igual las cosfumbres. No había escrito una novela convencional.

El éxito de *Frankenstein o el moderno Prometeo* fue inmediato. Las reimpresiones se sucedían y la novela contó enseguida con traducciones al francés y adaptaciones teatrales. Shelley había conseguido conectar con la sensibilidad de sus contemporáneos, pero había hecho mucho más. Había creado un nuevo mito, una narración capaz de expresar las verdades y los miedos de su tiempo, y lo había hecho bajo la forma de un relato de terror que, sin embargo, estaba a punto de inaugurar un nuevo género literario. La influencia del cuento gótico estaba sin duda en la escritura de *Frankenstein*, pero Shelley dio un paso más.

La novela describe las consecuencias de unos experimentos científicos que estaban en pleno auge en aquel momento y que se conocían con el nombre de «galvanismo». En estos experimentos, se aplicaba electricidad a miembros de animales muertos para darles movilidad bajo la creencia de que, en el futuro, se podría usar para revivir a personas fallecidas. Hoy sabemos que aquellas predicciones no se cumplieron, pero eran plausibles en el momento en que se escribió la novela, y las posibilidades de su uso y sus consecuencias se convierten en el desencadenante de la acción del doctor Frankenstein. El argumento ya no parte de elementos sobrenaturales o fantásficos, como sucedía en la novela gótica, sino de la ciencia y la tecnología. Shelley acababa de alumbrar un nuevo género, aunque ese nacimiento era tan temprano que no se reconocería hasta mucho después. Fue a autores como Julio Verne a quienes se les atribuyó el mérito durante décadas, pero lo cierto era que, como dijo Isaac Asimov, el «padre» de la ciencia ficción había sido una mujer de veinte años.

Derechos reproductivos, dominación masculina y matriarcado: el hilo de Shelley

La novela de Shelley reflejaba las ansiedades colectivas de una sociedad en la que el pensamiento científico tenía cada vez más peso y la ciencia aumentaba su capacidad para cambiar el mundo. Durante el siglo XIX se iban a suceder numerosos descubrimientos e inventos científicos, pero en ese momento, apenas unos años después del comienzo de aquella nueva era, Shelley ya fue capaz de percibir las inquietudes y temores que provocaba la tecnología en sus contemporáneos. El paso del tiempo le daría la razón: a finales de siglo, la ciencia ficción se convertía en el género que mejor reflejaba las esperanzas y los temores sobre el futuro, y así ha seguido siendo hasta nuestros días.

Sin embargo, la obra de Shelley no es importante solo por sentar las bases del género, sino también por ser la primera en tratar con un enfoque científico la creación artificial de vida, que con el tiempo se convertiría en uno de los temas claves de la ciencia ficción y especialmente de la ciencia ficción feminista. En un primer acercamiento, el enfoque de género de la novela no resulta muy evidente. En el libro hay muy pocos personajes femeninos y ninguno de ellos ocupa un lugar central. El peso de la acción y el desarrollo de puntos de vista complejos recaen en los hombres, entre ellos la propia

criatura. Todas las mujeres tienen un rol secundario y enormemente pasivo. La mayoría son simples víctimas del monstruo y Elizabeth, la prometida del doctor Frankenstein, se limita a esperar durante años a que este vuelva de su viaje y se case con ella. En buena medida, Elizabeth encarna el ideal burgués de mujer delicada y tímida que se dedica al cuidado de la casa y la familia, lo que en solo unos años se convertirá en el prototipo victoriano del ángel del hogar.

No obstante, se puede hacer una segunda lectura más profunda, en la que sí se advierte el enfoque feminista. Esta segunda lectura tiene que ver con el tema central de la novela, que gira en torno a la creación de vida de forma artificial. El doctor Frankenstein consigue dar vida a un ser, valiéndose únicamente de la ciencia y la tecnología, sin la intervención de un útero. Usurpa a las mujeres algo que hasta el momento solo les había pertenecido a ellas: la capacidad de gestar. Sin embargo, una vez que la crea Frankenstein se desentiende de su criatura y la rechaza. Crea la vida, pero se niega a hacerse responsable de ella. La crítica de Shelley se hace evidente en la forma en que evolucionan los personajes a lo largo del libro: el doctor acaba revelándose como el auténtico monstruo y su criatura como la víctima.

Otro pasaje bastante revelador de las inquietudes feministas de Shelley se encuentra en los capítulos en que el doctor Frankenstein intenta dar vida a una criatura femenina presionado por las amenazas del monstruo, que desea tener una mujer con la que poder huir y vivir felices. A medida que avanza en el proceso, el doctor empieza a dudar de lo que está haciendo y se acaba negando. En las razones de esa negativa podemos ver claramente la lectura feminista, ya que Frankenstein teme que la nueva criatura no se pliegue a los deseos del monstruo, que no quiera huir con él. Es decir, teme la independencia y la autonomía de su creación femenina. En la novela no hay un personaje de mujer similar a los hombres en cuanto a autonomía y libertad, porque estos lo evitan.

El enfoque feminista sobre la creación de vida será una constante en la literatura de ciencia ficción escrita por mujeres a partir de entonces. Un primer ejemplo lo podemos encontrar en la explosión del género a finales del siglo XIX, cuando la ciencia ficción se consolida a través de una enorme producción de novelas que exploran la posibilidad de utopías y mundos mejores. En este periodo encontramos una gran cantidad de autoras que utilizan la ciencia ficción para denunciar la dominación masculina e imaginar mundos igualitarios y matriarcales. Uno de los mejores ejemplos de las utopías feministas de este periodo es *Mizora*, donde además también hay una preocupación por el tema de la reproducción. Escrita en 1870 por la autora estadounidense Mary E. Bradley Lane, la obra describe la vida en un mundo subterráneo en el que los hombres, tras siglos de lucha, se han diezmado a sí mismos y han acabado

desapareciendo, debido a que las mujeres han descubierto la reproducción por partenogénesis. La sociedad femenina resultante ha erradicado la pobreza y la guerra y disfruta de una tecnología avanzada que les permite crear carne artificial y hacer videollamadas. Sin embargo, la novela también presenta elementos inquietantes que en el contexto actual nos harían calificarla de distópica. El sexo y la procreación están prohibidos y se elimina sistemáticamente a criminales, mujeres con diversidad funcional e incluso a las personas de piel oscura. Así, la sociedad utópica de Bradley es una suerte de república aria hipertecnificada, que es pacífica únicamente porque ha reprimido la disidencia, eliminado la diferencia y el conflicto a través de una violenta homogeneización.

Esta idea de la partenogénesis es recuperada en 1915 por la feminista Charlotte Perkins Gilman que, en su novela *Matriarcadia*, también imagina una sociedad compuesta exclusivamente por mujeres, en la que los hombres han desaparecido como consecuencia de una enfermedad. Poco después de la muerte del último hombre, una de las habitantes de Matriarcadia consigue reproducirse por sí sola y transmite esa mutación a sus hijas. Así, las mujeres crean una nueva sociedad armónica y pacífica donde han desaparecido la desigualdad y la dominación.

Los siguientes ejemplos de novelas que tratan el tema de la reproducción los encontramos ya a finales del siglo xx, coincidiendo con la segunda ola del

feminismo. El auge de este movimiento en los años setenta se refleja en la aparición de una nueva generación de autoras que también utilizan la ciencia ficción para denunciar la desigualdad y la dominación patriarcal, como habían hecho las feministas de la primera ola. Sin embargo, en este momento la corriente utópica es sustituida por novelas más oscuras y cercanas a la distopía donde ya no se imaginan mundos mejores, lo que será predominante a partir de entonces. Una de las pocas excepciones al predominio de los futuros distópicos se encuentra en la obra de Ursula K. Le Guin, que utilizará el término «utopías imperfectas» para referirse a sus novelas. En ellas, Le Guin conjuga a la vez elementos propios de las distopías y de las utopías, imaginando mundos alternativos donde han triunfado proyectos de emancipación social, pero el conflicto social no ha desaparecido. No obstante, la tónica predominante de este ciclo serán libros de tono desesperanzado que denunciarán la opresión de forma cruda y directa. Un buen ejemplo, en lo que se refiere al tema de la reproducción, lo encontramos en El cuento de la criada, escrito en 1985 por Margaret Atwood. En la novela de Atwood nos encontramos una sociedad cuyo funcionamiento y forma de organización gira en torno a los problemas de reproducción. Sin embargo, la solución aquí no pasa por los adelantos técnicos, sino por la consolidación de un régimen fascista fuertemente patriarcal que somete a un sistema de control y dominación absoluta a las mujeres fértiles,

las cuales son violadas regularmente y obligadas a gestar, parir y entregar a los bebés.

Los problemas reproductivos también son el tema central de algunas de las novelas feministas de este periodo escritas en territorio español, entre las que desfacan tres autoras catalanas. La ciutat dels joves, escrita por Aurora Bertrana en 1971, cuenta la historia de una sociedad utópica en la que existen úteros artificiales y en la que se investiga la creación de un único sexo para que tanto hombres como mujeres puedan engendrar hijos y parirlos. Cinco años después se publica Memòries d'un futur bàrbar, de Montserrat Julió, una novela apocalíptica en la que todos los mamíferos del planeta se han vuelto estériles debido a un comportamiento anómalo de los gametos masculinos. Encontramos aguí de nuevo un hilo de conexión con Mary Shelley, que había desarrollado un argumento similar en su segunda novela, El último hombre. Por último, en las postrimerías de la Transición encontramos Embrió humà ultracongelat núm. F-77, de Rosa Fabregat. Publicada en 1984, la novela plantea cuestiones bioéticas relacionadas con el nacimiento de la primera bebé probeta.

La reproducción continuará siendo un tema importante en la ciencia ficción escrita por mujeres a partir de los años noventa, fuertemente relacionada con los feminismos de la tercera ola. Aunque una de las características de esta etapa es la apertura a una variedad de temas y enfoques más amplia, la re-

producción sigue apareciendo como una preocupación. En el Estado español encontramos *Consecuencias naturales*, de Elia Barceló, en la que se narra la historia de un hombre que es fecundado por una alienígena xhroll. Publicado en 1994, el libro profundiza en las diferencias entre los géneros y en lo que significan los roles masculino y femenino contraponiendo la sociedad humana a la xhroll, donde estos roles no existen. Otro ejemplo de ficción en torno a la reproducción lo encontramos en la antología *ProyEctogénesis*, coordinada por Lola Robles y que recoge seis relatos que giran en torno a las posibilidades de gestación fuera del cuerpo humano.

Además de la reproducción, el otro gran tema que ha articulado la ciencia ficción feminista desde sus inicios ha sido la denuncia del patriarcado y la dominación masculina. En las autoras de finales del siglo XIX y principios del XX, esta denuncia adoptará la forma de novelas utópicas que imaginan mundos mejores, algo común a toda la ciencia ficción de la época. Todas las novelas del género durante este periodo comparten una visión idílica del futuro basada en la esperanza en el progreso de la humanidad. Los avances científicos y la extensión de las ideas socialistas, que buscan la consecución de una sociedad sin clases en la que se han abolido todas las formas de dominación, hacen posible creer en un futuro mejor. Todo es posible, solo hay que imaginarlo.

Los argumentos de las utopías feministas de este ciclo giran en torno a la denuncia de la dominación masculina y se dividen fundamentalmente en dos grupos: las que plantean la existencia de una sociedad igualitaria y aquellas que desarrollan la idea de una sociedad gobernada por las mujeres. En el primer grupo tenemos obras tan tempranas como *Three Hundred Years Hence*, escrita en 1836 por Mary Griffith, la cual narra el viaje en el tiempo del protagonista, que despierta en un futuro igualitario. Pero, entrando de lleno en la explosión del género que se produce a finales de siglo, la obra de Florence Dixie Gloriana; or The Revolution of 1900, publicada en 1890, sin ser tan influyente como otras, contiene una singularidad interesante que la diferencia de las demás: en este caso, la construcción de la sociedad utópica no se produce como consecuencia de un viaje en el tiempo o el descubrimiento de un mundo desconocido, sino como resultado del acceso de una mujer al puesto de primer ministro, que aprovecha su cargo para imponer la igualdad de género. En los últimos años del siglo XIX encontramos otras dos novelas que ahondan en la idea de una sociedad igualitaria: *Unveiling a parallel: a romance*, de las estadounidenses Alice Ilgenfritz Jones y Ella Merchant, y Arquia: A Study of the Marvels at the North Pole, escrita por Anna Adolph.

En el segundo grupo, además de las ya mencionadas *Mizora* y *Matriar-cadia*, se encuentra una de las obras más significativas e influyentes de esfa

primera etapa de la ciencia ficción feminista: *Nueva Amazonia*, de la militante feminista Elizabeth Corbett. La novela narra la historia de una joven que se queda dormida y se despierta en el año 2472. A diferencia de lo que ocurre en *Mizora*, la sociedad que encuentra la protagonista es mixta, pero los puestos de poder y responsabilidad son ocupados exclusivamente por mujeres. Sin embargo, esta segregación no se ha producido de forma violenta, sino en base a una organización científica de la sociedad. Los habitantes de Nueva Amazonia han llegado a la conclusión de que las mujeres son capaces de construir sociedades más justas, eficientes y pacíficas que los hombres, y los personajes masculinos de la novela parecen aceptar de buen grado esa situación.

La corriente utópica de la ciencia ficción feminista se mantendrá también en buena parte de las autoras pertenecientes a la segunda ola. Muchas de ellas vuelven la mirada al pasado buscando vestigios de un posible matriarcado histórico que habría sido destruido por la aparición de la sociedad patriarcal. Desde ahí construyen novelas cuyos argumentos giran en torno a la existencia de sociedades utópicas compuestas exclusivamente por mujeres. Sin embargo, estas novelas no siempre contribuirán a la ruptura de los estereotipos en que cae con frecuencia la ciencia ficción del momento. Las mujeres de novelas como *La puerta al país de las mujeres*, de Sheri Tepper, o del relato *Cuando todo cambió*, de Joanna Russ, no son personajes empoderados, sino que viven

bajo el terror de la presencia o el posible regreso de los hombres y, por tanto, de la desfrucción de la sociedad utópica en la que viven.

El recurso a la existencia de una sociedad utópica como mecanismo de denuncia de la dominación masculina aparece también en otra de las novelas de Joanna Russ, que se convertirá en uno de los libros más importantes de la segunda ola: El hombre hembra. Publicada en 1975, cuenta la historia de cuatro mujeres que habitan en diferentes mundos paralelos. Una de ellas, Ianet, habita una utópica sociedad feminista compuesta exclusivamente por mujeres. Russ recupera aquí las ideas de la reproducción por partenogénesis, aparecida ya en Mizora y Matriarcadia, y de la muerte de los hombres como consecuencia de una plaga, desarrollada por Shelley en 1836. Sin embargo, el hilo que conecta la novela con la tradición utópica feminista no será el único que desarrolle Russ en su novela. En ella aparecen también otros elementos que apenas se habían mostrado hasta entonces en la ciencia ficción feminista, pero que se desarrollarán enormemente en las décadas siguientes, como el recurso a la distopía o la preocupación por la sexualidad.

Otra de las autoras que también comienza a desarrollar elementos nuevos en este periodo es Ursula K. Le Guin, que se convertirá en una de las escritoras más importantes del género. En *La mano izquierda de la oscuridad*, publicado en 1969, explora la diferencia entre sexos y la obligatoriedad de los

mandatos de género, a través de la historia de un terrestre que llega al planeta Invierno para establecer relaciones diplomáticas. Allí se encuentra con que los habitantes son seres hermafroditas de aspecto andrógino, que solo adquieren características de sexo masculino o femenino en función de la influencia de las feromonas de su pareja sexual, sin que puedan elegir uno u otro sexo. Los mandatos de género han desaparecido, ya que todas las personas experimentan los dos sexos en diferentes momentos y pueden fecundar, gestar y parir indistintamente.

Le Guin continuará explorando nuevos temas y enfoques en otro de los libros fundamentales del periodo: *Los desposeídos*. Publicado en 1974, la novela recoge la tradición utópica de la ciencia ficción feminista, pero para utilizarla como una denuncia contra todos los sistemas de opresión, y no únicamente para señalar la dominación masculina. No obstante, no se trata ya de una sociedad utópica donde reina la paz y la armonía, sino de un mundo donde la igualdad y la justicia social se han conseguido con esfuerzo y a través de decisiones que también han tenido consecuencias negativas. Dos años más tarde, en 1976, Le Guin publica otra novela que explora una cuestión que había estado prácticamente ausente en la ciencia ficción feminista hasta el momento: el ecologismo y la preocupación por la naturaleza. *El nombre del mundo es Bosque* cuenta la historia de la colonización humana del planeta

Nueva Tahití y la resistencia por parte de los indígenas, que se niegan a permitir que la deforestación avance.

Esta mayor diversidad de temas y enfoques que se advierte en la ciencia ficción feminista de la segunda ola, se consolida a partir de mediados de los ochenta, cuando la tercera ola irrumpe en el género. La diversidad sexual, el control y la intervención de los cuerpos, la preocupación por las consecuencias de la tecnología o los riesgos de la deriva autoritaria de los regímenes democráticos se convertirán en temas frecuentes de la ciencia ficción escrita por mujeres a partir de este momento. En muchas ocasiones estas autoras recurrirán al enfoque distópico, con novelas como *Hijos de hombres*, de P.D. James; *In the Garden of Dead Cars*, de Sybil Claiborne; *The Fifth Sacred Thing*, de Starhawk, o *The Psalms of Herod*, de Esther M. Friesner.

En este periodo también se consolida el afrofuturismo, una corriente de la ciencia ficción centrada en la denuncia de la opresión racial y en la puesta en valor de la identidad y la cultura africana y afrodescendiente. Aunque el término no aparece hasta los años noventa, la corriente empieza a gestarse con autoras como Octavia Butler, que a finales de los ochenta publica una de las obras fundamentales de la ciencia ficción contemporánea: *Xenogenesis*. El afrofuturismo continuará desarrollándose hasta la actualidad, cuando ha experimentado un auge importante con autoras como Nnedi Okorafor, Karen Lord o N. K. Jemisin.

La mirada feminista y el hartazgo de Sheldon

Alice Sheldon estaba harta. Nunca se le había dado bien adaptarse a lo que la sociedad esperaba de ella; eso de hornear tartas de manzana y ocuparse de la casa no le iba demasiado. Había sido pintora, oficial de los servicios de inteligencia durante la Segunda Guerra Mundial, analista de la CIA y psicóloga experimental y había tenido relaciones tanto con hombres como con mujeres. En todo ese tiempo había aprendido a sobrellevar las burlas y los desprecios, pero estaba cansada. Así que, cuando empezó a escribir en serio, decidió utilizar un pseudónimo masculino, James Tiptree.

El éxito no tardó en llegar. En 1969 publicaba su primera obra, que fue aclamada por la crítica y el público: *El último vuelo del doctor Ain*. Después vendrían muchas otras. Protegida por su pseudónimo, Sheldon intercambiaba largas cartas con editores, lectores y con otros autores, pero se negaba a aparecer en la prensa y acudir a actos públicos. Tiptree se convirtió en un autor misferioso, rodeado de especulaciones y rumores. Se sabía que el nombre no era real, pero la prensa creía que se debía a la necesidad de proteger su identidad por su pasado como agente de inteligencia. Sheldon no lo desmintió, le divertía ver aquellos prólogos en los que afirmaban que era «el hombre a vencer» en la ciencia ficción, como aquel que escribió el idiota de Harlan Ellison.

En 1976, la muerte de la madre de Sheldon precipitó el descubrimiento de su verdadera identidad. La revelación abrió un debate, donde se cuestionaba la existencia de una mirada femenina en la literatura de ciencia ficción. Muchas de las autoras del momento, conectadas con la segunda ola del feminismo, habían defendido la existencia de una forma de escribir específicamente femenina, pero ejemplos como el de Tiptree parecían desmentirlo. El debate no quedó resuelto en aquel momento y sigue sin estarlo, pero es cierto que, a lo largo de la evolución del género, pueden rastrearse diferencias en la forma de escribir de hombres y mujeres.

La aparición de una gran cantidad de autoras en la ciencia ficción de finales del XIX y principios del XX, permitió que se tratasen temas sobre los que dificilmente habrían escrito los hombres, como la dominación masculina o la obligatoriedad de los mandatos de género. El feminismo de la primera ola ayudó a extender la conciencia de esa desigualdad entre las mujeres, y esfas lo reflejaron en sus obras de ficción. Esfo mismo sucedió en las décadas de los setenta y los noventa, cuando los feminismos de la segunda y la tercera ola introdujeron de nuevo sus críticas entre las temáticas abordadas en el género. No obsfante, entre las décadas de 1930 y 1970, cuando el número de mujeres en la ciencia ficción disminuye enormemente, esfos temas prácticamente desaparecen. Estas diferencias en los temas seleccionados y su tratamiento ha hecho que algunos autores planteen la existencia de dos tipos de ciencia ficción: una dura, centrada en los aspectos científicos y tecnológicos y que sería la predominante entre los autores masculinos, y otra blanda, donde el protagonismo lo tienen los aspectos sociológicos y que sería la predominante en autoras femeninas. Sin embargo, esta distinción no se refiere solo a dos corrientes diferentes, sino que implica una categorización: la verdadera ciencia ficción sería la primera y los años dorados del género corresponderían precisamente a un momento de predominancia masculina y subrepresentación femenina. La categorización implica una visión patriarcal del género, donde los hombres escribirían la auténtica ciencia ficción y las mujeres se limitarían a usarla para plantear temas que no tienen que ver con ella.

Otra de las diferencias que se aprecian en la ciencia ficción escrita por mujeres es la mayor variedad de personajes femeninos. En las novelas escritas por hombres, sobre todo las que se publicaron entre los años treinta y sesenta del siglo xx, es prácticamente imposible encontrar mujeres protagonistas, y todas ellas lo hacen como personajes pasivos y estereotipados, guiados únicamente por intereses románticos. Como ejemplo, basta con leer los relatos escritos durante esa época por unos de los autores clave del género, Isaac Asimov, muchos de los cuales no incluyen ni un solo personaje femenino. De

hec'ho, durante su adolescencia, el propio Asimov había escrito cartas a los editores de sus colecciones favoritas pidiendo que redujesen los personajes femeninos de las tramas, ya que no hacían nada más que estorbar y ralentizar el desarrollo del relato. Con el tiempo, Asimov se enmendó y comenzó a incluir personajes femeninos maduros y complejos, como el de la doctora Susan Calvin. Esta ruptura de los estereotipos ha sido especialmente importante en las últimas décadas, con la inclusión de identidades que hasta entonces habían estado prácticamente fuera del género, como los personajes negros, trans o no heterosexuales.

Ciencia ficción y feminismo

La ciencia ficción feminista ha estado profundamente relacionada con las diferentes olas que ha experimentado el movimiento desde su aparición. Estas olas han proporcionado temáticas y enfoques desde los que escribir, pero sobre todo han hecho emerger autoras que, especialmente en la primera y la segunda, en muchos casos llegaron a la ciencia ficción a partir de la militancia feminista. El género se convirtió en una herramienta para imaginar mundos mejores, expresar la crítica a la dominación patriarcal y canalizar las ansiedades colectivas en torno a cuestiones como los derechos reproductivos. En

la tercera ola, este trasvase directo de militantes feministas es más escaso, pero ello no se debe a una influencia menor del movimiento en el género, sino a una mayor interiorización de sus valores. Las escritoras de ciencia ficción utilizan temáticas, enfoques y debates que pertenecen al movimiento feminista, porque forman parte de su forma de ver el mundo.

Otro hecho que también muestra esta relación es la existencia de movimientos reaccionarios que responden a la presencia de mujeres en el género. En las últimas décadas del siglo XIX, se asiste a la aparición de una corriente de obras de contenido misógino opuestas a las novelas utópicas escritas por mujeres. Aunque la cantidad y calidad de las obras es mucho menor, se pueden encontrar ejemplos que tuvieron bastante difusión, como La raza venidera, de Edward Bulwer Lytton (1871), The Revolt of Man, de Walter Besant (1882), o The Isle of Feminine, de Charles Elliot Niswonger (1893). Un movimiento reaccionario similar se observa también a mediados de los años cincuenta, cuando comienzan a sentarse las bases de la segunda ola a través de obras como *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, que se había publicado en 1953. La mayoría de estas obras son, o bien novelas distópicas fuertemente antifeministas que imaginan sociedades terrorificas donde las mujeres tienen posiciones de poder, o bien historias satíricas que ridiculizan las exigencias de igualdad que las mujeres están empezando a articular de forma colectiva.

No fue una corriente muy amplia en cuanto a número de obras, pero tuvo bastante relevancia, porque contó entre sus filas con algunos de los autores más importantes de la ciencia ficción del momento, como Poul Anderson o John Wyndham.

Aunque siguen existiendo obras que carecen de perspectiva de género, en la tercera ola no hemos asistido a una corriente reaccionaria como las anteriores, probablemente por una mayor fortaleza del movimiento feminista, pero también por una mayor interiorización de los valores que defiende. Lo más probable es que el feminismo siga proporcionando enfoques, miradas y temáticas a la ciencia ficción durante mucho tiempo aún.

Layla Martínez, noviembre de 2019



Impreso en marzo de 2020 en Romanyà Valls (La Torre de Claramunt)



